



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII

NÚMERO 20. — Madrid 15 de Julio de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—Carta del Sr. Obispo de Almería.—La Decena, por Blas.—Crónica universal, por X.—Carta de Roma, por D. J. M.—Los grabados.—El Silencio, por D. Francisco Sánchez de Castro.—A la señora Doña María de los Dolores Santisteban de Guisjarro, por Doña María de la Peña.—Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira (continuación),—Polvos y lodos (continuación), por el P. Luis Coloma, S. J.—Aurora (continuación), por Vicente Aspa.—Patriotismo y abnegación (continuación), por Esteban Marcel.—Conocimientos útiles.—Miscelánea.

GRABADOS.—Excmo. Sr. Dr. D. Tomás Brian y Livermore.—Inoculaciones anticoléricas en la huerta de Valencia.—Vistas de Amberes.—D. José Alcázar.

CARTA DEL SEÑOR OBISPO DE ALMERÍA

Señora Presidenta de La Asociación de Señoras del Asilo de la Sagrado Corazón de Jesús:

Muy Señora mía, de toda mi consideración y aprecio: Invitado para visitar el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, fundado y sostenido en esa Corte por la Asociación de Señoras que usted tan dignamente preside, y después de haber recibido el prospecto en que me anuncia han aceptado ustedes definitivamente, como valioso donativo, la propiedad de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, he creído debía dirigir cuatro palabras de aliento y estímulo, que mantuviesen y avivasen el entusiasmo con que han acometido esta grande obra de caridad y de regeneración.

En estos tiempos desgraciados, en que vemos desaparecer los grandes monumentos que atestiguan la piedad y grandiosa fe de nuestros antepasados, no puede menos de admirarse y bendecirse todo esfuerzo que tienda a mantener la vida de la caridad y el celo, que fueron el más honroso distintivo de esta tierra bendita entre todas por los dones de la Providencia. En tal concepto merece especial alabanza la fundación del Asilo de Huérfanos, llevada a cabo sin el auxilio eficaz de la protección oficial y debida sólo al celo é iniciativa privada y a los esfuerzos individuales de las personas benéficas, lo cual honra grandemente a los que acometen una empresa semejante luchando con contratiempos y dificultades, que sólo saben vencer un celo ardiente y una ciega confianza en la Providencia de Dios. Abandonados a nuestras fuerzas y desposeída la Iglesia de los bienes, que constitulan en sus manos el patrimonio de los desamparados, este es el único medio que nos resta para que no sean víctimas de la miseria ó se vean envueltos en las seducciones del crimen esos pobres seres,

miembros predilectos de J. C., a quienes faltó el apoyo de sus padres y familias y que necesitan, con el auxilio material de su desarrollo físico, la educación religiosa que ha de enriquecerles con los tesoros de la virtud y la honradez cristiana.

Al acometer y proseguir esta empresa, las Señoras de esa Asociación hacen el uso más hermoso de los dones que Dios les ha otorgado, y pueden tener la completa seguridad de que no hay sacrificio más agradable al Señor y más provechoso para la sociedad, que el que se hace en favor de los Huérfanos desvalidos. Dios y la Iglesia se complacen grandemente en una obra tan agradable á sus divinos ojos; y los ángeles custodios de esos Huerfanitos están contando con alegre fruición todos los sacrificios, dispendios, gestiones, todos los pasos, fatigas, sudores y amarguras que sufren por llevar adelante su empresa; y escritos están con letras de oro en el libro de la vida, para que ninguno de esos esfuerzos, aun los más insignificantes, quede sin la magnífica recompensa que Dios ha prometido al que dé un solo vaso de agua en su nombre. Al contemplar los prodigios que ha hecho la caridad en esa casa; al ver la multitud de asilados y lo grandioso del edificio que los alberga, me sentí profundamente

conmovido y me parecía ver en aquellos ámbitos venturosos la imagen amabilísima del dulcísimo Jesús, bendiciendo á aquellos pobres Huérfanos y mostrando su corazón abierto á sus bienhechoras madres adoptivas; y también me parecía escuchar la voz de Jesucristo, que hacía resonar en aquel palacio de su amor estas consoladoras palabras. *Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis* (Matth. XXV. 40). «En verdad os digo, lo que hicisteis por uno de estos mis pequeños, lo hicisteis por mí mismo.» Palabras consoladoras, que dirá Dios en el día del juicio á los escogidos, como el título principal para merecer la gloria eterna; palabras, cuyos ecos resonando por el universo, han hecho brotar en el corazón de las generaciones la semilla divina de la caridad, que ha hecho á través de los siglos esos prodigios de beneficencia de que es gallarda muestra el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús. Adelante, Señoras mías; adelante en su grandiosa empresa sin desmayos ni desfallecimientos; Dios nos ve, Dios nos bendice; su corazón dulcísimo se complace en nuestros esfuerzos y nos está mostrando la infinita recompensa con que los premiará: yo tengo larga experiencia de los milagros que obra la Providencia en empresas seme-

jantes, que he iniciado y acometido, y tengo la absoluta seguridad de que Dios no falta jamás con sus auxilios á los que trabajan por amparar y socorrer á sus pobres. Dios los protege; y buena prueba de ello es la cesión de la propiedad de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que el Todopoderoso ha inspirado sin duda á sus antiguos propietarios para prosperar tan piadosa empresa. Considero esto como un acontecimiento providencial, y me apresuro á aplaudirlo y á recomendar á mis diocesanos y á todos los fieles de España cooperen á esta obra de beneficencia favoreciendo dicha Revista, que, al venir á refugiarse en el Asilo, ha querido unir, por gala providencial, el arte cristiano y la ilustración al ejercicio práctico de la caridad en estrecho abrazo en el seno de la religión católica, que es la religión de caridad y el manantial de la inspiración y madre del arte y de la verdadera civilización. Yo bendigo de todo corazón esta nueva empresa y auguro brillante porvenir á esta Revista, que, alejada de las luchas enojosas de las banderías y personalidades, logrará tener vida independiente y gloriosa como órgano de una casa de caridad; de modo que los que vengan á sostenerla pueden tener la seguridad de cooperar á dos obras buenas; al sostenimiento de una publicación sana, instructiva y amena, aprobada y censurada por la autoridad eclesiástica, y al de un Asilo de Huérfanos desvalidos.



EXCELENTÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON TOMÁS BRIAN Y LIVERMORE,
Obispo de Murcia y Cartagena.

Dios les colme de sus inefables dones por tan buena obra, y para atraer sobre ella gracias celestiales bendice de todo corazón á las Señoras de la Asociación, á su Asilo, á mis queridos Huerfanitos, á los excelentes *Hermanos de las Escuelas Cristianas* que los dirigen, á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, sus redactores y suscritores, y á cuantos cooperen al sostenimiento de ese grandioso Asilo.

Su atento Capellán y Padre en Jesucristo, que se encomienda á sus oraciones,

JOSÉ MARÍA, OBISPO DE ALMERÍA.

Almería, día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

LA DECENA

POR algo se llama *Siglo de las luces* este décimo-nono que nos ha tocado en suerte. Y no lo digo precisamente, materializando la idea, por los adelantos que hemos hecho en el camino del alumbrado, recorriendo todo el luminoso trayecto que empieza en el modesto reverbero de aceite y termina en la deslumbradora luz eléctrica, haciendo escala en el fósforo, la estearina, el gas hidrógeno, el petróleo, la luz de Bengala, la luz Drumont, el gas Mille, etcétera, etc.

Me refiero á otro género de adelantos en el orden moral; á los que han difundido la luz de la ciencia en el tenebroso caos de los espíritus, emancipando á la inteligencia humana de la esclavitud á que la tenían condenada la férrea mano del fanatismo y el látigo de la ignorancia... Algo he leído yo de esto no sé dónde.

Dichosos debemos considerarnos los que hemos tenido el especialísimo privilegio de nacer en esta edad, que podemos llamar *de diamante* para marcar la proporción comparativa que existe entre ella y la llamada *edad de oro*... Esto no lo he leído en ninguna parte, pero lo leeré (si Dios quiere y el director de esta publicación no lo secuestra) en el primer número de la ILUSTRACIÓN CATÓLICA que llegue á mis manos.

Tengo mis recelos de que las futuras generaciones han de llamar soberbios y presuntuosos á los hombres de la generación presente, así como nosotros llamamos atrasados é ignorantes á los de las generaciones pasadas. Pero me anticipo á defender á mis contemporáneos, que tienen suficientes títulos para mostrarse orgullosos de su superioridad, respecto de nuestros sencillitos abuelos, que decían con una candidez encantadora:

«Lo único que sabemos á ciencia cierta es *que no sabemos nada*.»

En cambio nosotros sabemos...

Pero no vayan á alarmarse mis lectores, creyendo que voy á girar contra la caja de su paciencia una letra comprensiva de la suma de conocimientos que constituyen el fondo social de nuestra época. Iba á decir únicamente que sabemos mucho de todo; que hemos hecho descubrimientos portentosos, entre ellos la nitro-glicerina, el espiritismo, el teléfono y el verdadero origen del hombre, que es (con perdón de ustedes) el mono; que hemos inventado el algodón pólvora, la dosimetría, los pianos mecánicos, las vibraciones del éter, el juicio oral, los torpedos, la lotería, los microbios y otra porción de cosas; que hemos echado el kilo á los planetas, es decir, que sabemos lo que pesan exactísimamente; que los hemos analizado y sabemos de qué materias están formados; que hemos construido una atmósfera á la luna, que á la verdad buena falta le hacía... Los habitantes ya se los fabricaremos el día menos pensado.

En fin, que lo sabemos todo. Pero esta plétora de sabiduría, que llena las vesículas de nuestro orgullo, debe ocasionarnos también cierto cosquilleo de conciencia; al menos yo no puedo dejar de sentir remordimientos, al considerar que hemos apurado toda la copa del saber humano y no les dejamos á nuestros descendientes ni una gota que saborear.

Sin embargo, les queda el recurso de perfeccionar nuestros descubrimientos, principalmente los que tienen por objeto la destrucción del hombre por el hombre. Mucho hemos hecho nosotros para realizar el bello ideal de matar el mayor número posible de gente en el menor espacio de tiempo imaginable, por medio de ingeniosísimos aparatos y poderosas máquinas de guerra; pero, no seamos presuntuosos; nuestra obra no es tan perfecta, que excluya la posibilidad de mejorarla, siquiera bajo el punto de vista económico. Porque la verdad es que hoy resulta algo cara la matanza de prójimos en la guerra por los procedimientos modernos. Un disparo de cañón algo decente, no cuesta menos de 20 ó 30

duros, y no hay la seguridad de acertar á meter el proyectil por debajo de la línea de flotación de un buque, para echarle á pique con sus 1.500 hombres de á bordo; de manera que si hay que disparar 40 ó 50 cañonazos para abrir una vía de agua en un costado del barco, casi, casi valen más la pólvora y los proyectiles que la vida de los tripulantes enemigos, aunque se los tase á duro por cabeza, que ya es algo, tratándose de hombres blancos.

Este flaco de las divagaciones me lleva adonde no soñaba siquiera. Hagan ustedes cuenta que no he dicho nada, y volvamos á empezar.

Tengo así como una vaga idea de que me proponía empezar esta revista diciendo que es una lástima que, sabiendo tanto de todo lo relativamente superfluo, no sepamos una palabra de lo relativamente necesario, por ejemplo de la naturaleza y de la curación del cólera-morbo asiático.

Cincuenta y tres años hace que cincuenta y tres mil sabios, ó que aspiran á serlo, de cincuenta y tres mil localidades, vienen haciendo cincuenta y tres mil experimentos cada uno, en busca de algún específico para combatir con éxito la terrible enfermedad. Tiempo perdido. Sólo han logrado crear una verdadera epidemia de teorías, laboriosamente confeccionadas, pero que, como esos castillos de naipes que levantan los niños, vienen á tierra ante un leve sople del sentido común.

Triste es reconocerlo, pero es evidente que hoy, como en 1832, fecha de la primera aparición del cólera en Europa, no tenemos en el arsenal de la ciencia más arma para defendernos de ese insidioso enemigo, que el *empirismo*.

No hubiera querido volver á hablar del cólera, pero es imposible apartar la atención de esos lúgubres cuadros trazados por la mano inexorable de la muerte en Murcia, Valencia, Aranjuez y otras poblaciones de España; como no es posible tampoco ver con ojos enjutos los actos de cristiana caridad, de abnegación inmensa, de sublime heroísmo, cumplidos no solamente por los altos dignatarios de la Iglesia y de la Administración, sino por los más humildes sacerdotes, por los más modestos ciudadanos, por los más oscuros funcionarios, por los médicos, por los farmacéuticos, por los practicantes, por los enfermeros y, sobre todo y sobre todos, por las Hijas de la Caridad, por esas valerosas vírgenes, que, inflamadas en el divino amor y en el amor al prójimo, disputan palmo á palmo su presa á la epidemia en los hospitales y asilos benéficos, y van á la muerte, como las antiguas mártires cristianas, llevando en el corazón la fe, en el alma la ternura, en los labios la sonrisa y en la frente el rubor de una felicidad que juzgan inmerecida, la del sacrificio de su propia vida por la salud ajena. Yo no tengo palabras para encomiar tanta virtud, tanta magnanimidad, tanta grandeza...

Por fortuna, á la fecha en que escribo estos párrafos, las noticias sanitarias, sin dejar de ser graves respecto de determinadas poblaciones, no son tan alarmantes como en la última década, habiendo descendido la intensidad de la epidemia en Murcia y Aranjuez, los puntos más castigados por el terrible azote.

En Valencia no han aumentado las invasiones en proporción al número de habitantes de la populosa capital.

En Madrid apenas sabríamos que ocurre algún caso aislado, si no nos lo recordasen todos los días las cien trompetas del periodismo, soplando al unísono con la *Gaceta*. Demos gracias á Dios y espere-mos de su misericordia vernos libres de la calamidad que aflige á nuestros hermanos de otras localidades.

Bueno es precaverse con tiempo y poner en juego todos los resortes de la previsión para librarse de la infección colérica, pero, tanto como de los excesos, es preciso huir del abuso de los llamados preservativos. El empleo inmoderado del cloruro de cal, del ácido fénico y de otros desinfectantes recomendados con mucha razón por los higienistas, puede producir consecuencias no menos funestas que la enfermedad que se trata de prevenir.

Lo mismo debe decirse de ciertos medicamentos preconizados como eficaces para combatir el mal en su primer período, por ejemplo el láudano, que administrado imprudentemente, es un veneno más activo que el cólera.

Como nunca un mal viene solo, á la presentación de las epidemias acompaña casi siempre la escasez, y por consiguiente la carestía de las subsistencias en los puntos infestados. La caridad individual no basta á hacer frente á esta necesidad apremiante, y se hace indispensable la acción del Gobierno, pero rápida y enérgica para que sea eficaz y el hambre no complete la obra destructora de la enfermedad asiática.

La carestía de los artículos de primera necesidad es una epidemia mansa, que reina en Madrid constantemente y que obrando con lentitud, pero sin intermisión, sobre las clases pobres, y más aun sobre la clase media, produce á la larga estragos tan terribles como las epidemias morbosas. El alto precio de los comestibles trae consigo una alimentación insuficiente ó nociva, que mina paulatinamente el organismo, determinando afecciones anémicas, que se transmiten por herencia y producen generaciones raquíticas en lo físico y sin virilidad ni energía en lo moral.

Así se explican esas estadísticas del movimiento de población en Madrid, en que, contra todas las leyes naturales y contra todos los principios de economía política, la cifra de las defunciones, en circunstancias normales, excede á la de nacimientos.

Pero es inútil buscar lógica en los acontecimientos ni en los hombres de nuestro desventurado país. Ahora mismo estamos viendo que la carne, base principal de la alimentación, se sigue expendiendo á igual precio que hace un mes, á pesar de que los vendedores han sido beneficiados, por las nuevas tarifas de consumos, en ocho céntimos kilogramo. De manera que esos ocho céntimos, multiplicados por los millares de kilos que se consumen diariamente en Madrid, y que representan una suma de muchos millares de pesetas, pasa directa y sencillamente al cajón de los expendedores, amén de la ganancia no floja que obtienen en la venta de la carne.

En los tiempos oscurantistas esto hubiera sido considerado como una defraudación hecha á los intereses del público; pero hoy, que contamos entre los ingeniosos inventos de que hablé más arriba, el del libre tráfico...

A otra cosa.

Se han cerrado las Cortes sin que haya llegado á ser ley la proposición concediendo á un tal José Zorrilla la pensión que ya le había otorgado una de las Cámaras, pero que no ha podido ser votada por la otra. Dicen que ese Zorrilla entiende mucho de coplas; que ha escrito yo no sé cuántos libros de eso que llaman poesía; que ha compuesto infinidad de dramas, tan aplaudidos, allá en los tiempos de Maricastaña, como se aplauden hoy los ejercicios en las barras fijas y los arranques de inspiración del asno amaestrado y de los perros sabios; que ha sido casi tan popular como Frascuelo y tan celebrado como Mad. Judic cantando peteneras... Todo eso podrá ser verdad, pero yo no recuerdo haber visto figurar su nombre en la *Gula de forasteros*, ni en las listas de senadores y diputados, ni en las combinaciones de gobernadores civiles, ni entre el personal de los ministerios, ni siquiera en la política menuda de nuestro país. Pues, entonces ¿qué celebridad es esa, ó qué títulos puede alegar para que se le conceda una pensión nacional?

A propósito de celebridades discutibles: ¿han visto ustedes á Mr. Unthan, el hombre sin brazos? Yo, á decir verdad, no encuentro tanto mérito en sus ejercicios como le reconoce la mayoría del público. ¡Un hombre que no sabe dónde tiene su mano derecha!

Me dirán ustedes que escribe con los pies. Pues si esto es un mérito, ya conozco yo algún español de pura raza que ha dado y está dando pruebas de saber escribir con los pies revistas de la decena en una importante publicación católica ilustrada, y sin embargo, no tiene aspiraciones á la inmortalidad.

Cierto que Mr. Unthan hace con los pies lo que muchos y muy acreditados artistas españoles no llegan á hacer con las manos: dinero; pero, en cambio, tenemos nosotros bailarinas que han deshecho con las manos el dinero que habían hecho con los pies.

El disparar con los pies tampoco es cosa fenomenal. Mis lectores conocerán, de seguro, algunas personas que presumen de cultas, y que, sin embargo, de vez en cuando no se desdennan de disparar en público con los pies, si no precisamente carabinas... alguna otra cosa.

No niego que el guiar con los pies un carruaje

sea una novedad; pero si se la quiere elevar á la categoría de mérito, temo que protesten los caballos, diciendo que más mérito hay en arrastrar el coche con las patas que en dirigirle con los pies.

El cambio de temperatura que hemos experimentado hace algunos días, permite disfrutar el fresco de las noches, tan agradables en Madrid. El paseo del Prado empieza á verse concurrido, así como los jardines del Retiro, especialmente en las noches de concierto. Este delicioso sitio de verano es el Biarritz de los pobres diablos que no podemos abandonar la Corte en la estación calurosa.

Se han repetido los terremotos en algún punto de la provincia de Granada, aunque por fortuna sin graves consecuencias. ¡Quiera Dios alejar de aquellas tan castigadas comarcas una nueva calamidad! En cambio, hace pocos días han sido bendecidas y entregadas á los pobres que quedaron sin hogar por efecto de los terremotos del año último, las casas construidas en el pueblo de Béznar, de la misma provincia, á expensas de la caridad.

Del negro fondo de las más horribles desdichas siempre brota algo consolador. Decía d'Houdelot, hablando de las epidemias, que en medio de sus espantosos estragos tenían algo de bueno: «obligar al egoísta á compadecer los males ajenos.»

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



SEGÚN habíamos anunciado á nuestros lectores, Mons. Melchers, Arzobispo de Colonia, va á ser creado Cardenal, y con este motivo deja su diócesis, que tiene ya nuevo sucesor. Mons. Melchers fué una de las primeras víctimas de las famosas leyes de Mayo, y hace quince años que está desterrado por el Gobierno alemán.

He aquí la carta de despedida que hará derramar dulces y piadosas lágrimas á los católicos de Colonia. La sencillez en su dolor, la humildad sublime, el lenguaje del corazón, la fe, el espíritu de sacrificio, la abnegación sin quejas y sin alharacas, recuerdan los mejores tiempos del cristianismo. Es el grito de una alma transfigurada por la salvación y las persecuciones, es el lenguaje de un confesor.

He aquí la carta:

«Lo que esperábamos hace dos años se ha verificado últimamente por una decisión del Padre Santo. Ha decidido sacarme de mi destierro y relevarme de mis funciones episcopales, porque no ha logrado hacerme volver á mi diócesis y no ha querido tomar la responsabilidad de unas vacaciones que eran ya muy largas.

«Estas son las únicas circunstancias que me separan de mis diocesanos, con las que pensaba estar toda mi vida. Esta separación es dolorosa para vosotros y también lo es para mí. Pero como la voluntad del Papa es la voluntad de Dios, debemos someternos humildemente á los decretos de la Providencia.

«Dicha sumisión será una carga muy ligera, pues mi sucesor es un Obispo notable que merece veneración, obediencia y amor.

«Lo que disminuye completamente mi dolor es que me encontraré relevado de las responsabilidades de mi ministerio.

«Rogando á mis antiguos fieles no dejen de adorar los designios de Dios y su voluntad misericordiosa, les encomiendo además que obedezcan á mi sucesor como si fuere yo mismo, y á conservarme en la oración un piadoso recuerdo. Por mi parte no he de cesar jamás en recomendarlos á Dios.

«Estoy siempre obligado á cumplir con mi deber, mas reconozco el sinnúmero de faltas que he cometido por debilidad é imperfección. Por esto os ruego encarecidamente me perdonéis, como yo perdono á cuantos me han perseguido.

«En estos últimos años hemos sufrido desgraciadamente dolorosas pruebas, pero hemos guardado constantemente nuestra fe y nuestra inquebrantable fidelidad á la Iglesia. Nuestros corazones no se han separado jamás de las enseñanzas de la religión. Nuestra patria se halla afortunadamente poblada de cristianos, que tienen el valor de confesar su fe. He aquí una consecuencia bien consoladora en estas épocas de lucha y de persecución.

«Las pruebas continúan, tiempos más difíciles nos esperan. Hoy, la paciencia y la fidelidad nos son más necesarias que nunca.

Monseñor Melchers es ya casi octogenario, pero conserva aún mucho vigor y una energía indomable. De aquí en adelante residirá en Roma.

El nuevo Gobierno inglés ha formulado ya su programa en las Cámaras. Punto por punto ha ido exponiendo sus miras relativas á las cuestiones que hoy embargan la atención de la Gran Bretaña.

Respecto á la famosísima del Afghanistan, el marqués de Salisbury ha declarado que no debe darse gran importancia á las negociaciones que se siguen, pues sin discutir las miras de los varios soberanos que tienen intereses en esta parte del mundo, no se puede considerar como estable la situación de los negocios de aquella nación.

«Cultivamos, ha añadido, la confianza y la amistad del emir del Afghanistan, pero la defensa de los preciosos intereses ingleses debe depender, sobre todo, de preparativos proyectados con gran cuidado y rápidamente ejecutados para poner á cubierto las fronteras.»

En cuanto á Egipto ha estado más reservado, porque todavía el Gobierno no ha resuelto su norma de conducta en este país. «La cuestión militar, ha dicho, es la más importante que se deberá resolver, y después se buscará el medio de alejar la corriente de la barbarie fanática y sanguinaria para asegurar las fronteras eventuales del Egipto, á fin de que la civilización inglesa deje en pos de sí huellas florecientes cuando su mano protectora se retire del Egipto.

E insistiendo luego sobre esto mismo, ha dejado traslucir un poco más su pensamiento. «No podemos, ha dicho, abandonar ciertas provincias á su suerte; pero se debe estudiar qué comarcas han de quedar bajo la influencia del Gobierno actual del Egipto y cuáles deberán permanecer bajo la autoridad militar.»

Por último, respecto de Irlanda, el Gobierno ha resuelto pedir que se pongan otra vez en vigor las leyes excepcionales y que se haga un llamamiento á la cordura y á mejores sentimientos del pueblo de Irlanda.

Espera que el proyecto de ley relativo al rescate de las tierras, y la ley relativa á los obreros, se aprobarán en esta legislatura.

Como se ve por estas indicaciones, las declaraciones del Gobierno inglés son todavía muy vagas para poder juzgarle: los hechos darán materia más segura al juicio imparcial.

El día 6 del corriente fué definitivamente aprobado en las Cámaras francesas el tratado de paz con China, llamado de Tien'sin.

En esta sesión, Mons. Freppel, ilustre Obispo de Angers, pronunció un discurso notabilísimo defendiendo el desarrollo colonial de Francia y muy particularmente la constitución de un imperio indo-chino, que sería la cosa más grande que Francia ha podido hacer desde 1870.

Añadió luego que la política colonial no pertenece á la república más que á la monarquía, pues es la política tradicional de esta nación y la que condujo á Luis XVI y al marqués de Montmorin al Tonkín, á Carlos X á Argel, y á Napoleón III á Nueva Caledonia.

Pero mientras estas cosas se tratan en París, en Asia pasan otras que no son para tranquilizar los ánimos. He aquí lo que cuenta un corresponsal:

El jefe de los pabellones negros, Lu-Vinh-Phoc (la Foca Vieja como le llaman nuestros soldados), no ha sido estrangulado, como lo anunció un parte puesto por orden del Virrey del Yunnan. El deseo que tienen los chinos de darnos garantías de su buena fe y pacíficas intenciones no llega hasta dar muerte á un guerrillero del temple de Lu-Vinh-Phoc, que aun puede ser muy útil al Celeste Imperio en más de una ocasión.

Lu-Vinh-Phoc, que se había refugiado en la parte superior del río Rojo, región completamente salvaje y árida, no encontrando medios de subsistencia, parece que se ha aproximado á Yunnan, donde quiere esperar hasta el otoño, época en que piensa caer de nuevo sobre el Tonkín con el resto de los pabellones negros reforzados por los desertores del ejército chino.

Esto por lo que toca á los chinos, que de los anamitas hay peores noticias. El general Courcy se ha visto obligado á caer sobre la capital, como lo refiere el siguiente telegrama:

«Somos dueños absolutos de toda la comarca. Las tropas enemigas huyen á la desbandada. Se han producido algunos incendios aislados en las inmediaciones de la legación y en varios puntos de la ciudadela.

«El palacio real permanece intacto, gracias á la disciplina ejemplar del batallón de zuavos, que lo conquistó y lo conserva. Encierra grandes riquezas.

«Se han encontrado cinco millones en barras de plata, cuya cifra se aumentará considerablemente si se encuentran barras de oro. Las riquezas artísticas que encierra son inapreciables.

«Espero instrucciones.»

Buena falta le hace al Gobierno francés encontrar tesoros en Asia; hasta ahora sólo ha encontrado allí campos donde sembrar oro y regarlo con sangre.

Véase hasta dónde llega el fanatismo de los sectarios. No contento el Ayuntamiento de París con quitar á las calles los nombres de los santos, poniendo en su lugar los nombres de los adoradores del demonio, quiere ahora ¡horrible cinismo! que la calle que se llamaba de Darboy se llame en adelante de Delescluze.

Darboy es el nombre del mártir Arzobispo de París, asesinado por los demagogos; Delescluze es el nombre de su verdugo. ¿Puede llevarse más lejos el fanatismo satánico?

Para consolarnos de la anterior noticia, vamos á transcribir otra de los diarios de París.

Dicen que la suscripción abierta en desagravio del acto de profanación llevado á cabo por el Gobierno de la República al arrancar al culto católico la iglesia de Santa Genoveva, empieza bajo los mejores auspicios, y promete convertirse en una espléndida manifestación de fe cristiana. No se admiten donativos de más de diez céntimos, y el producto se destina á la erección de una imagen de la Santa Patrona de París.

Refieren los diarios belgas que el Abate Reichard, célebre hidro-geólogo, que ha prestado tantos servicios importantes á los pueblos belgas procurándoles fuentes abundantes de agua pura, ha encontrado un digno sucesor en el Abate Canderan.

Este sabio distinguido á quien el Abate Reichard ha legado su ciencia, ha sido llamado desde Montlieu á Roma por el Papa mismo, para que por su parte el sabio profesor dote á Carpinetto, asiento de la familia Pecci, de una fuente de agua pura y abundante.

Del Abate Reichard se cuentan maravillas; ojalá que el discípulo continúe los progresos de su maestro para provechos de los pueblos y gloria de la religión, que cuenta entre sus Sacerdotes hombres tan eminentes en toda suerte de facultades.

Podrá estar resuelta, como dicen los italianísimos, la cuestión de Roma; pero ellos mismos obran como si no lo estuviera.

El Gobierno del Quirinal desea activar el proyecto de fortificar á Roma, y al efecto, estos días ha comprado terrenos cerca del Monte Morio por valor de 200.000 francos. El plan por ahora es hacer imposible un ataque por el valle del Tíber.

Hecho esto, se continuarán las fortificaciones por todo el recinto de la ciudad.

¡Qué ilusión! Más fuerte que era Roma en el siglo V, y no logró defenderse de Alarico.

En cambio, el báculo de San León Magno pudo rechazar la invasión de Atila.

Ahora que tanto se habla en todas partes de colonización, conviene consignar una noticia que nos viene de América.

Los habitantes de Nueva Méjico están siendo víctimas de los crueles apaches, que los degüellan y escalpan.

Incesantemente están reclamando auxilios que no llegan, y que en ningún caso bastarían para dar á los blancos la seguridad que necesitan.

Un medio había de hacerles allí posible la vida: civilizar á los apaches.

De esto se encargaban los misioneros católicos, los cuales por odio de secta fueron expulsados de Nueva Méjico.

Sin misioneros católicos, los blancos tienen que optar entre abandonar todos sus intereses, ó resignarse á morir en medio de los mayores tormentos, ó procurarse un ejército que extermine totalmente á los apaches.

La gran política colonizadora, es la que tiene por Código el Evangelio y por ejércitos los frailes.

Puede servir de corolario á la noticia anterior esta otra, que prueba lo que distan los agentes de la administración pública en las colonias de los apóstoles de la Iglesia.

El Arzobispo de San Francisco, Mons. Alemany, verdadero apóstol que ha evangelizado una buena parte de la California, vuelve al convento de dominicos, de donde salió, renunciando la mitra; vuelve á ser un humilde religioso, un oscuro monje.

Hasta aquí la noticia no tiene nada de extraño; y

aunque no sorprende la circunstancia que sigue, tiene un interés conmovedor que es lo que á nosotros nos mueve á publicarla.

Mons. Alemany, después de haber sido durante muchos años Prelado amadísimo de una de las comarcas más ricas del mundo, al renunciar la mitra para volver á su convento, no tiene dinero con que costearse el viaje á Europa, y para costearlo se ha abierto una suscripción entre sus antiguos súbditos espirituales.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Julio de 1885.



A magnífica carta que Su Santidad dirigió al Cardenal Arzobispo de París á mediados del mes próximo pasado, no podía menos de llamar la atención, ya por la respetabilidad de su origen, ya por lo grave y digno de la forma. Los católicos devotos á la Santa Sede, han visto en ella el propósito de encarecer la necesidad de la unión de los fieles con sus Pastores y de éstos con el Vicario de Jesucristo, á quien principalmente corresponde el juicio sobre la manera más acertada de dirigir la Iglesia en sus relaciones con la sociedad, y en tal sentido en efecto se expresan los Prelados de Italia, Francia y España, que se han apresurado á elevar á Su Santidad reverentes exposiciones y mensajes en acción de gracias por las provechosas enseñanzas que acaba de confirmar con su autorizada palabra; pero en ciertos periódicos franceses apareció una falsa y torcida interpretación de dicho documento pontificio que, siendo acogida al instante en la prensa liberal de Italia, obligó al órgano más autorizado de la Santa Sede á desmentirla de un modo categórico.

Para comprender lo infundado y fantástico de comentarios que llegaron hasta el extremo de suponer á León XIII animado del deseo de reconciliarse con el Quirinal mientras dura la violenta usurpación de Roma, tal vez no se necesitaba más que recordar la larga serie de actos y documentos en que el mismo Pontífice actual ha afirmado, del modo más explícito y formal, la voluntad de mantener en toda su integridad los derechos de la Santa Sede, pero en cuestión de tanta trascendencia no parecía superfluo remachar el clavo, y la nota inserta en el *Osservatore Romano* ha venido á consignar terminantemente «que es un absurdo manifiesto dar (al citado documento pontificio) una significación favorable al orden de cosas que está fundado sobre el despojo del Papa.»

Sabido es que al actual Pontífice se le debe la extensión á todo el orbe católico de la fiesta de los Santos Cirilo y Metodio, y que hace tres años vino á Roma una numerosa romería de eslavos; pero muy contados han de ser en España los que sepan que, en ocasión de dicha peregrinación, y atendida la circunstancia de conservarse el cuerpo de San Cirilo en San Clemente, manifestó León XIII el propósito de levantar en esta basílica una nueva capilla y dedicarla á los santos hermanos é insignes apóstoles de la gente eslava.

Pues bien; el pensamiento de Su Santidad se ha llevado á efecto: el domingo último tuvo lugar en la basílica de San Clemente la inauguración de la nueva capilla, de estilo griego, y cuya decoración, tan rica como elegante, acredita una vez más el buen gusto que tenía el malogrado arquitecto señor Fontana, correspondiendo el mérito de la ejecución á su discípulo el ingeniero Sr. Bonanni; la cúpula y las paredes están ornadas con pinturas de Francisco Grandi, sobresaliendo entre ellas la del retablo mayor, que representa el acto mismo de la dedicación de la nueva capilla á los santos Cirilo y Metodio, siendo así llamado á perpetuar el título de magnífico protector de las Bellas Artes, que ya corresponde á León XIII como uno de los timbres más gloriosos de su pontificado. Y puesto á hablar del afamado pintor Sr. Grandi, voy á dar la noticia de que se le ha encargado un cuadro representando á San José, que ha de colocarse en la Basílica Vaticana: parece que una rica y piadosa señora extranjera echaba de menos el culto á San José en el primer templo del mundo; pero el respeto debido á la arquitectura del grandioso monumento no permitía se le añadiese otro altar ó capilla; por fin se encontró el modo de orillar las dificultades de los peritos del arte, y satisfacer á la vez la piedad y devoción hacia el augusto Patrono de la Iglesia universal, acordándose trasladar á otro sitio el cuadro de Caravaggi que estaba en el altar lateral de la capilla del Sacramento, y sustituyéndole con otro representando al Señor San José. El lienzo que prepara el Sr. Grandi ha de reproducirse luego en Rio-

saico, porque de obra mosaica son todos los cuadros de San Pedro, y no cabe duda de que ha de figurar dignamente entre las dos columnas vitíneas que se dicen sacadas del Templo de Salomón y llaman tanto la atención de los extranjeros.

El lunes 6 tuvo lugar en la iglesia de San Apolinar la consagración episcopal del nuevo Arzobispo de Santo Domingo; el electo Sr. Merino pasa á empuñar el báculo pastoral después de haber llevado con mucho honor el bastón del mando civil, pues hace pocos años era Presidente de la República de Santo Domingo; el caso parece más propio de los tiempos de San Ambrosio que de los nuestros. Y voy á concluir con la noticia de haber sido nombrado Arzobispo de Dublín el célebre doctor Walsh, Rector que ha sido y profesor de Teología en el Seminario de Maynooth; tal nombramiento fué decretado en ocasión de la última reunión de los Obispos irlandeses en Roma; los periódicos liberales se empeñaron en que sucesor del Cardenal Mac Cabe debía ser el Arzobispo de Sidney, fundándose en que está próximo á recibir la púrpura, pero mi carta anterior, si es que ha llegado, habrá explicado oportunamente el alcance y significación que tiene la admisión de un Prelado de Australia en el Sacro Colegio.

J. M.

LOS GRABADOS

EXCMO. SR. DR. D. TOMÁS BRIAN Y LIVERMORE

Obispo de Murcia y Cartagena.

Nuestros lectores saben los actos de heroísmo que viene ejecutando en su diócesis el ilustre prelado de Murcia desde que se desarrolló en ella la epidemia cólica. Nada tenemos que añadir aquí á las noticias que son del dominio público, porque gracias á Dios, hasta los impíos bajan la cabeza ante las virtudes del clero, manifestadas de un modo ostensible en las calamidades públicas.

El virtuoso Prelado de Murcia, que aun no hace un año tomó posesión de aquella diócesis, es natural de Málaga, de familia ilustre, oriunda de Inglaterra, como lo acreditan sus apellidos. Se halla unido por estrechos vínculos de parentesco á la respetable familia de los Loring. Frisará con los cincuenta y cinco años. Habiéndole colocado la Providencia en buena posición social, aprovechó los recursos de su casa para viajar por Europa, donde recogió ese caudal inapreciable de conocimientos que dan los viajes hechos con buena preparación á un hombre de talento.

Retirado en su casa de Málaga, vivía hace años dedicado al estudio y á sus deberes sacerdotales, cuando la Santa Sede le llamó para ocupar la silla de Murcia y Cartagena.

Consagrado en Madrid, en la iglesia del Buen Suceso hace pocos meses, marchó á su diócesis, donde la Providencia le tenía preparado un magnífico noviciado. El señor Brian y Livermore está haciendo en su diócesis actos de caridad heroica, asistiendo y visitando cólicos todo el día, prodigando inefables consuelos á los moribundos, y acudiendo con los recursos de su peculio particular á cuantas necesidades le salen al paso.

Ultimamente, como si el fuego de la caridad que le inflama llegara á devorarlo todo, se dice que ha mandado vender su cuantiosa fortuna de Málaga para repartir su producto entre los pobres.

Ante hombres de esta talla, la sociedad presente, codiciosa de atesorar riquezas, parece una sociedad de pigmeos. Bajemos la cabeza con respeto ante estos gigantes de la caridad, que alzándose sobre la piedra angular de la Iglesia, tocan con su frente en las regiones celestes, donde la ilumina y transfigura el resplandor de la gloria divina.

INOCULACIONES ANTICOLÉRICAS EN LA HUERTA DE VALENCIA

Aunque el procedimiento profiláctico del Dr. Ferrán ha sufrido en estos últimos días graves contratiempos, que suscitan nuevas dudas acerca de su eficacia, el ya famoso médico tortosino, autorizado por el Gobierno para proseguir las inoculaciones, continúa su campaña experimental, realizando cuantiosas ganancias, que es el punto negro que compromete el valor científico de su sistema.

Nuestro grabado reproduce una escena de esta operación en los alrededores de Valencia, donde el cólera está haciendo estragos y mantiene en perpetua alarma á los infelices huertanos.

Nuestros lectores están al corriente de las circunstancias de la inoculación. Se hace en el brazo como la vacuna y produce un cuadro de síntomas coleriformes, que en algunos individuos llega á ser alarmante. A los cuatro días el inoculado debe estar bueno, y el Dr. Ferrán le garantiza la salud contra la invasión del cólera, garantía que aumenta si el inoculado á los ocho días se revacuna.

La ciencia á estas horas no ha dado su fallo acerca del procedimiento profiláctico, verdad es que el Dr. Ferrán guarda rigurosamente el incógnito de sus microbios domesticados; en cuanto á la opinión pública, no puede estar más dividida.

Desgraciadamente la política se ha mezclado en los caldos del médico tortosino.

VISTAS DE AMBERES: LA PLAZA VERDE.—LA NUEVA BOLSA. LA PORTADA DE LA CATEDRAL.

La Plaza Verde.—Desde la Plaza Verde, que es otro de nuestros grabados, contéplase el hermosísimo campanario, de 123 metros de altura, empezado en 1434 por Juan Amel, y terminado en 1530 por Domingo de Wagensakere. Todo él está cuajado de elegantísimas labores, y de tal manera es aéreo, esbelto y afiligranado, que Carlos V, al verle, dijo que debiera guardarse en un estuche de terciopelo.

Amberes está siendo este verano el punto de cita de todos los turistas de Europa, no sólo por su Exposición Universal, sino por la exposición permanente de sus monumentos artísticos, que hacen de esta ciudad una de las más curiosas de Bélgica.

La Nueva Bolsa.—Este magnífico edificio, terminado en 1872, es por extremo original. «La Bolsa de Amberes, dice un viajero, no tiene fachada ni siquiera exterior; cualquiera que sea el camino que se tome para entrar en ella, no se la ve hasta haber entrado; hállase empotrada en un gran macizo de construcciones, como el patio interior de una gran casa de vecindad.

«Ciertamente es que el tal patio mide 51 metros de longitud por 40 de anchura; hállase rodeado de una galería baja y otra alta de 68 columnas; está protegido por una cubierta de cristales, y su arquitectura, por respeto sin duda á la antigua Bolsa, edificada en 1431 en el propio sitio, y destruida por un incendio en 1868, sigue el orden gótico; no el gótico puro y delicado de la Edad Media, sino un gótico con arcos de tres curvas á estilo arabesco, y columnas muy adornadas de gárgolas, relieves y labores. El conjunto, en suma, es muy bello, y aun más que bello, ornado y suntuoso.»

Portada de la catedral.—La fundación de la catedral de Amberes se remonta al siglo XIV (1322). Juan Amel de Bonaia empezó la fachada y la torre en 1422; al siglo siguiente quedó el campanario concluido. Un rayo en 1566 causó en la fábrica grandes destrozos, y la revolución de 1794 profanando el templo, destruyó preciosos monumentos cuya pérdida llorarán perpetuamente la religión y el arte. La portada que representa nuestro grabado es de un estilo gótico muy puro. El interior de la catedral es sencillo, pero majestuoso: siete naves ofrecen la hermosa perspectiva de sus arcadas, sostenidas por 125 recios pilares, á cada uno de los cuales prestan gentileza haces de baquetones, que sin anillos ni capiteles se encorvan graciosamente hasta trazar la ojiva del arco, ó siguen y suben hasta confundirse con los aristones de la bóveda.

Encierra el suntuoso templo magníficos sepulcros, como los de Plantín y Moretus, esculturas de Quellín y Vander Neer, y muchos famosísimos cuadros de Rubens, entre los que se destaca el incomparable del *Descendimiento*.

DON JOSÉ ALCÁZAR,

actual gobernador de Murcia.

En la espantosa desolación de Murcia, con motivo de la epidemia cólica se ha distinguido mucho, como hombre de corazón cristiano y abnegación caritativa, el gobernador civil Sr. Alcázar, cuyo retrato publicamos en este número, en justo homenaje de admiración á su heroico comportamiento.

El Sr. Alcázar ha sido periodista, pero la intrepidez de su carácter le llevó varias veces como corresponsal á sitios de peligro, habiéndose distinguido en la guerra del Norte, donde fué con este cargo por sus sentimientos caritativos y su celo por el alivio de los heridos de uno y otro bando.

En Murcia ha hecho prodigios de actividad, de celo, de previsión, de cuantas prendas, en fin, pueden adornar á un buen funcionario público, especialmente en días de grandes calamidades. La prensa diaria ha divulgado minuciosamente estos actos de caridad, y por eso excusamos detenernos aquí en repetir lo que sabe todo el mundo.

El Ayuntamiento de Murcia ha declarado al Sr. Alcázar hijo adoptivo de la ciudad: no será esta, ni cuantas le concedan los hombres, su mayor recompensa; ha de venirle de lo alto, si, como lealmente pensamos, el Sr. Alcázar ha obrado movido por la caridad cristiana.

EL SILENCIO



La sociedad contemporánea vive aturdida. Su signo característico es el vaivén; su estado el vértigo. Ella misma considera su peculiar título de gloria el estar siempre en movimiento.

Y, á su modo de ver, tiene razón. Nadie se ha movido jamás tanto como ella.

Pero al moverse no camina: ni siquiera baila. Para caminar hace falta dirección; para bailar se necesita compás.

Y el movimiento de la sociedad contemporánea no conduce á ninguna parte, ni es más concertado que los pasos de un ebrio que da vueltas y hace eses.

Parece el de un cuerpo que se descompone.

Pero la sociedad no lo sabe, porque está aturdida; y un aturdido ni ve, ni piensa, ni entiende.

Por eso es una gran verdad, que hoy nadie se cura del mañana. Y no es que pensemos como cristianos que «le basta al día su labor», sino lo contrario precisamente; es que deseamos tener la vida entera en nuestras manos, y poseerlo y gozarlo todo de una vez.

Preguntad, si no, á cualquier Gobierno, por qué



aumenta la deuda en miles de millones, sin considerar que nos estamos comiendo bonitamente el pan de las generaciones venideras.

Si quiere hablar con franqueza os dirá, que eso le tiene muy sin cuidado, y que lo que importa es salir adelante, sea como fuere y á costa del menor trabajo posible. Los venideros no nos negarán el derecho de hacerlo; y nuestro es todo lo que ellos tengan y puedan tener, por cuanto sin nosotros no serían.

Bien podemos, por consiguiente, cargar sobre ellos nuestras trampas y dejarles por herencia la perspectiva del taparrabos.

Bien podemos vivir á cuenta de lo que ellos trabaje.

Y he aquí cómo puede ser verdad alguna vez aquello de «el porvenir es nuestro.»

Preguntad también al propietario ambicioso, al municipio desatentado, por qué talan los bosques, que rodean á su pueblo, sin ver que constituyen su bienestar, dando pureza al aire, lluvia á los campos, salud al cuerpo, serenidad al espíritu.

Y os contestarán que los bosques son suyos, y que es preciso vender la madera, que vale cara, y abrir y sembrar las tierras para que produzcan más, aunque luego vengan la sequía, la langosta y la filoxera, y sea preciso crear un cuerpo de ingenieros para ir repoblando los campos afeitados sin compasión.

Decid al labrador que deja la honrada esteva para venir á ser empleado; al inteligente cosechero que se mete á detestable padre de la patria; á la pobre campesina que abandona su hogar en busca de soñados bienes; á la inmensa multitud de gentes que acuden á Madrid como á la dorada mansión de la felicidad; decidles si han pensado en que dejan lo cierto por lo dudoso, y en que se exponen á mil contingencias y quebrantos; y os responderán que en Madrid está la vida; que aquí se gasta y se triunfa y se goza, y no sabrán deciros más.

Y Madrid se llenará de cesantes y de ramerías; de tramposos y de intrigantes; de suicidas y de rateros; de palacios y de zahurdas; de crímenes y de escándalos; de inquietudes y de motines; de tisis y de apoplejías.

Y España toda sentirá vértigos y amagos apopléticos, porque se le sube toda la sangre á la cabeza.

Claro es que á tantos males concurren muchas causas; primarias y secundarias; de más y de menos alcance: pero de seguro que una de ellas, la más general tal vez, porque entra por mucho en todas, es la precipitación, el aturdimiento con que se hace todo.

Consejo proverbial es en España que todas las cosas se deben consultar con la almohada. Y ¿quién se acuerda hoy de tan sabio aviso? ¿Quién medita en la soledad y en el silencio sobre lo que va á hacer?

En el andén de una estación de ferrocarril; en el bullicio de un café; en el palco de un teatro; en la confusión de un paseo; en los postres de un banquete; en el barullo de una redacción de periódico, es donde se resuelven los más graves asuntos, y se adoptan las más trascendentales resoluciones.

Y no es esto decir que los malos instintos, las pasiones y el demonio no hagan de las suyas en la soledad; pero tengo para mí que una hora de recogimiento habría evitado la mayor parte de las imprudencias, y aun de los crímenes que llora el mundo.

El hombre más cuerdo y bondadoso, no dejará de hacer algún desatino si le obligáis á vivir sin tiempo ni lugar para que reflexione; y, por el contrario, algún mal paso dejará de dar el hombre más desatentado si se detiene á oír en silencio las inspiraciones de lo alto y las voces de su conciencia.

La frase: «dadme un cuarto de hora y os daré el cielo,» no es más que la expresión elocuente de la necesidad é importancia de la meditación.

Y la meditación es compañera del silencio.

Los sabios de todos los tiempos y lugares han amado el silencio y han meditado.

Pitágoras y Platón, que entrevistieron algunas altas verdades, se retiraban de la sociedad, y buscaban el silencio de los jardines para meditar con sus discípulos.

Los sofistas, en cambio, peroraban en la plaza pública.

De los hombres que han tenido la verdadera ciencia y buscado la santidad, no hablemos.

Los profetas de la Antigua Ley; los solitarios de las primeras edades cristianas; los cenobitas de todos los tiempos, han buscado con vivas ansias el silencio y la soledad. Los mismos hijos de Santo Domingo y de San Ignacio, que viven en perpetua batalla con el mundo, buscando el mal y el error en todas partes para combatirlos; la misma Hija de la Caridad que en incesante trabajo pasa la vida en los

asilos del dolor, saben hallar en el recogimiento de la última vigilia el silencio que desea su alma.

Hasta el Dios-Hombre, al empezar su vida pública se retiró al desierto.

No lo necesitaba, pero quiso dejarnos ejemplo en esto como en todo.

Y á imitación suya, los grandes santos; los fundadores han vivido retirados del mundo para crecer en la virtud y producir las maravillas de la ciencia sagrada, y esas otras maravillas vivientes que se llaman Ordenes religiosos.

Todas las cuales tienen, por regla, horas de recogimiento y meditación, y días enteros de retiro y de silencio.

Y es que todas conocen perfectamente la divina verdad de la frase de David: *Non in commotione Dominus.*

Balmes decía que es muy escaso el número de los hombres que saben reflexionar.

Y yo añadiría que, entre los que saben, son rarísimos los que reflexionan.

Porque unos no quieren reflexionar, y otros viven sin que les ocurra el pensamiento de hacerlo.

Hagan ustedes el favor de decirme qué se puede reflexionar dentro de un café, ó de una fábrica, ó entre los negocios de una oficina, ó en un coche en el paseo público.

La reflexión supone atención; atención hacia adentro; y no hay modo de tenerla, cuando las cosas exteriores llaman poderosamente hacia afuera.

El alma se derrama por los sentidos; y el oído es el más inflexible y dominante.

De un mal olor os libráis tapando las narices ó aplicando á ellas un clavel.

Si no queréis ver una cosa, no tenéis más que echar las cortinas á los ojos.

Pero de oír, solamente los sordos se libran.

Si taponáis vuestros oídos, como hizo cierto estudiante amigo mío para librarse de los ronquidos de un compañero que no le dejaban dormir, tendréis dolor y molestia sin conseguir silencio, y os expondréis á necesitar los auxilios del medico si el taponamiento ha sido un poco eficaz.

De manera que, si las condiciones en que vivís son incompatibles con el silencio, estáis lucidos.

Y la civilización moderna, con su lujo, sus industrias, sus ferrocarriles, va desterrando el silencio de todas partes: hasta de los desiertos.

Por eso no acabo yo de entusiasmarme con ella.

En el antiguo régimen, no se permitía que se instalasen herreros, v. gr., en las calles en que vivían literatos.

Ahora no hay literato que no tenga en la vecindad herreros y carpinteros, y toneleros que, á descomunales porrazos, ahuyentan á las musas más valientes.

Y si faltan esos útiles industriales, sobran vociferadores de periódicos y de verduras y de billetes de lotería; y sobran coches y carros que estremecen las casas y atruenan las cabezas con su estrépito discordante, acompañado en muchas ocasiones de gritos salvajes y de las palabras del diccionario que, por lo visto, entienden las mulas.

Y pianos y organillos, como uno muy destemplado que ha empezado á tocar en la calle en este momento, y me distraería si estuviese haciendo cosa de más fuste. Por ahora no se halla un lugar silencioso por un ojo de la cara.

Todo lo cual es un argumento que se me olvidó hacerle á mi amigo Valentín Gomez en mi artículo anterior, para probarle que la literatura anda mal y no puede andar bien.

Tengo yo un amigo que estaba muy preocupado una vez, buscando final para un drama. Necesitaba recogerse y reflexionar mucho, y se fué á vivir en las afueras de Madrid; pero no cayó en la cuenta de que el tranvía y los carros producían en aquella calle un barullo insoportable y perpetuo. Se retiraba al interior de la casa, y en el patio había continuo jaleo de cocheros, criadas, cantares y almireces. Un amigo suyo le invitó á ir á una posesión de campo: aceptó entusiasmado, y preparó los chismes de escribir en un aislado cobertizo ó rústico cenador que por allí encontró: mas no bien había puesto pluma en papel, fué la hortelana y se puso á guisar el puchero en la misma habitación, de la cual, por lo visto, había hecho cocina de verano. En seguida se largó de allí á una casa deshabitada que le ofrecieron sus dueños, y cuando empezaba su tarea, le sobresaltaron los ronquidos de un pobre que tenían allí recogido y que pasaba el día tabique por medio. Aburrido, no paró hasta Francia, y se instaló en un pueblo de la frontera. Huyendo del ruido de la fonda, se marchó á una casa particular, que fué huir de Málaga para dar en Malagón, ó de Seila dar en Caribdis: afligido, buscó hospedaje en las afueras del pueblo; pero tampoco pudo trabajar allí, porque en el zaguán de la casa y en sus cercanías había casi siempre docenas de asnos, ó burros, ó pollinos (que

así y de otras maneras se llaman, y que allí abundan mucho), los cuales le daban serenata perpetua. Desconsolado ya, fué á una casa solitaria que le proporcionó un emigrado, antiguo condiscípulo suyo; y cuando tenía hecho el trato, y estaba colocando su maleta y sacando los papeles para escribir, le asustaron unos piporrazos tremendos, descomunales, inauditos; apresurándose á decirle la dueña de la casa, como dándole una buena noticia, que no había más que otro huésped, hombre pacífico, que se ganaba la vida dando lecciones de fígle. ¡Horror! exclamó mi amigo, y huyó sin despedirse ni saludar, dejando á la pobre patrona francesa muy convencida de que el español estaba loco ó tenía odio á la música.

El drama quedó sin concluir, y no sé cómo ni dónde fué terminado después.

Supongo que mi amigo lograría al fin, por misericordia divina, algunos días de silencio.

Sin él, la verdad es que no se harán grandes milagros en literatura y en poesía.

Fray Luis de Leon escribía en su convento y en una huerta, adonde se retiraba, huyendo del bullicio de Salamanca, que no sería cosa mayor, comparado con el del Madrid de hoy; Lope de Vega madrugaba, y escribía en su casita silenciosa y en su huerto; y en nuestros días, Alarcón tiene su quinta en Valdemoro, y Pereda su gran casa de campo en la montaña.

Si la tuviera yo, de seguro que en seguida me sentía animado á escribir.

Ello no sería muy bueno, pero sería mucho seguramente.

Y lo digo por si á mi buen compañero Valentín, ó á cualquiera otra alma caritativa que desee, como él, verme cultivar las bellas letras, le ocurre regalarme una casa de campo, ó vendérmela, á pagar con el producto de los versos que en ella escriba.

FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

Á LA Sra. DOÑA MARÍA DE LOS DOLORES SANTISTEBAN DE GUIJARRO

Pueblo de *** á 5 de Junio de 1885.

El cura del Pilar de la Horadada, Como todo lo da, no tiene nada. CAMPOAMOR.



excelente y querida amiga: Sin duda recuerdas muy bien que en una de nuestras excursiones á este lugarejo, mientras que nuestros maridos cazaban en el campo, nosotras asistíamos al santo sacrificio de la Misa, y que salimos de la iglesia muy contristadas de ver á Dios tan pobremente albergado. El santuario, cuyo hermoso artesanado pertenece al siglo xv — esto me cuentan — amenazaba ruina; el sol y el agua entraban como Pedro por su casa, según el tiempo, por anchas grietas y agujeros tremendos; la casulla, el alba y demás ornamentos que vestía el octogenario Párroco eran indecorosos; el órgano y los cantores, deplorables; el público... ausente. En verdad no era día de precepto; en otros pueblos he visto siempre ancianos, niños y alguna persona cuyas obligaciones le permiten satisfacer esa necesidad del alma devota.

Al salir no hablamos; pero todo nos lo dijimos con una mirada; la pena era profunda: por eso callaba.

Ahora podemos cantar ¡aleluya! Todo ha cambiado. La iglesia, conservando su bello artesanado, está restaurada; todos los ornamentos se han renovado, unos por las Hijas de María, que desde Madrid recorren las iglesias pobres; otros por incógnitos bienhechores, y los antiguos están primorosamente limpios y compuestos por las monjitas del convento de *** en Alcalá de Henares. La imagen de la Santísima Virgen está vestida con gusto y casi con lujo, como también la del Niño Jesús, que preside la nueva asociación compuesta por los muchachuelos del lugar.

El público existe, aun sin precepto. Se han creado varias hermandades; se ve cómo la piedad vuelve á renacer poco á poco en estos corazones, que estaban como adormecidos por falta de dirección, y es que el anciano y enfermo Párroco que nosotras conocimos, no podía cumplir su alta misión.

La ermita de N.ª S.ª de la Soledad también ha sido objeto de cariñoso cuidado: en primer lugar se han hecho los reparos convenientes en su fábrica; ha desaparecido el cobertizo donde solían albergarse los gitanos en revuelta confusión, hombres, mujeres, niños y bestias. Cerrado por tres paredes, forma peristilo del ermitorio, dándole extensión y decoro. La imagen es nueva, tallada en Barcelona por un hábil artista, y está vestida, inspirándose en



INOCULACIONES ANTICOLERICAS EN LA HUERTA DE VALENCIA.

el retablo que se venera en la Corte bajo la advocación popular de la Paloma.

No terminaría si te refiriese todas las mejoras que para mi consuelo he encontrado; realmente admira tan gran transformación en tan poco tiempo. Estoy segura de oírte decir:

— Bueno, muy bueno; pero ¿quién realiza ese milagro?

— Pues voy á decírtelo; es un señor, que ni es viejo, ni es joven, ni alto, ni bajo, ni tiene nada de extraordinario; es un hombre inteligente, instruido, activo, virtuoso, lleno de caridad. El amor de Dios le inspira, la piedad hacia sus feligreses le impele. Es el cura.

Este señor pronuncia tan fácilmente un sermón, como coge la brocha y los colores y pinta lo que hace falta pintar; lo mismo canta y enseña el canto llano á sus sacristanes y acólitos, como trabaja de carpintero, tallista, y hasta fabrica primorosos cristales.

Vemos á este bondadoso señor, dicen por aquí las gentes, ocupado sin descanso, ya asistiendo á los enfermos, ya educando á los niños pobres, ora verificando casamientos de *antiguo concertados*, ora aconsejando y dirigiendo faenas agrícolas, según los modernos adelantos. El pobre menesteroso alcanza de su Párroco las mismas honras y las mismas preces que el que no lo es; para todos es igual este buen padre de almas.

Asimismo refieren las gentes de casa que el riguroso invierno, cuando la tierra se endurece y aprieta como si quisiera encerrar los gérmenes de vida preservándolos de las heladas, entonces falta tra-

bajo, y, por consiguiente, falta el pan en casa del pobre jornalero. Entonces el cura reparte hogazas de pan á manos llenas, y su caridad no se fatiga uno y otro día, y cuenta que esta generosidad, este despilfarro, este derroche, sale de su propia miseria á fuerza de privaciones.

Allí donde hay hambre la satisface; donde hay lágrimas las enjuga. Las gentes del pueblo le aman y le respetan, que el complemento del cariño es el respeto; los niños, á su paso se descubren, besándole la mano, cortesía olvidada antes; todos elogian sus buenas obras, y yo le he oído exclamar con profunda pena: — «No quiero elogios, que pueden ser aborrecidas adulaciones; quiero obras, y no las consigo... aun faltan algunos hombres á cumplir el precepto pascual.» — Y mientras esto decía, dos gruesas lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas.

El segundo domingo de Mayo hicieron su primera comunión los niños que estaban en edad y preparados á tan grande como tierna solemnidad. Y hasta en medio de esta pobreza, el buen cura ha logrado que las madres, sacando el fondo del arca, arreglasen de sus ropas de novias unos trajecillos de percal blancos para las niñas; que las monjitas de Alcalá, otra vez citadas, confeccionaran coronas de rosas de igual color, y que de las inagotables economías de su casa salieran unos velos como el ampo de la nieve, y así, sin más esfuerzo que un poco de trabajo, los harapos de aquellas pobrecitas se trocaron en el traje emblema de la pureza de sus almas, y, sin duda, aquellos ornamentos en honor del Señor solemnizaron la fiesta.

Los padres y las madres lloraron á lágrima viva,

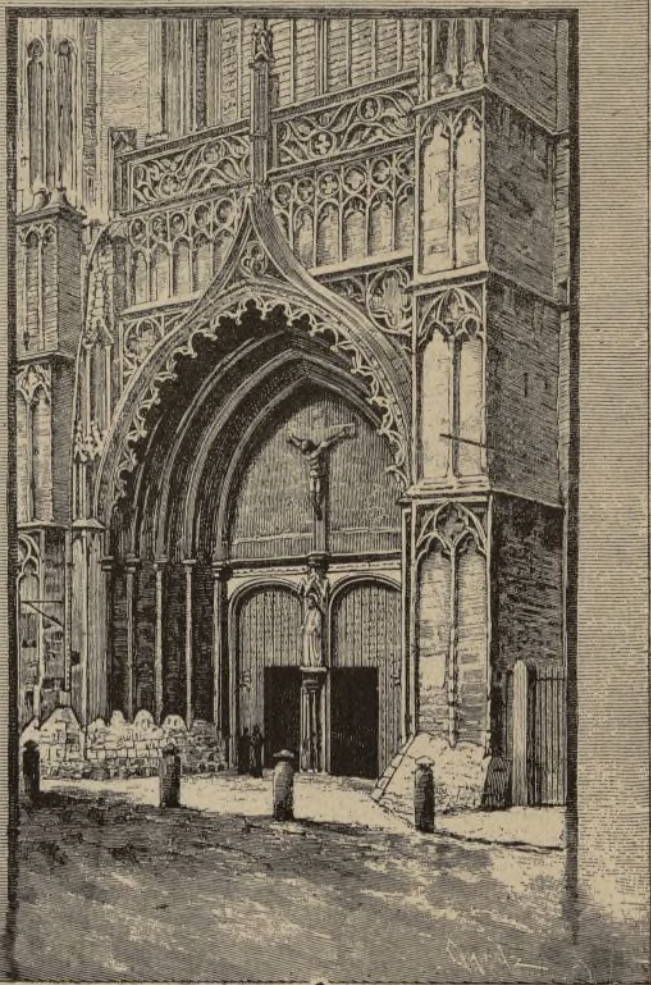
sobre todo cuando uno de los niños recitó un discurso muy bien escrito, y publicó la renovación de votos. Aquellos rostros, curtidors por el cierzo del invierno y los rigores del estío, resplandecían de un gozo nunca sentido, mientras que los niños, criados en el arroyo, que nunca hasta entónces habían vislumbrado la idea de Dios, se consideraban transportados ya al cielo prometido.

Espectáculo consolador es para todo buen cristiano ver cómo un pueblo pobre, miserable, rudo, despreocupado, y hasta incrédulo, va cediendo y ablandándose á la dulce influencia de la virtud. Esto es, que convence mucho más un buen ejemplo que las mejores palabras.

En verdad te habría sorprendido mi deseo de pasar en este lugar la festividad del Corpus..., te diré mi secreto: conoces cuán buen cristiano es mi marido, y no te sorprenderá saber que en años anteriores asistió aquí á la procesión, y que habiéndome referido la ternura con que se celebra, desease yo presenciarla también, á lo menos una vez en la vida. Ahora he cumplido mi propósito, y te invito á que goces como yo de este sublime sentimiento de amor á Dios tan sencillamente manifestado.

La víspera de la fiesta por la tarde, salieron los mozos del pueblo con carros y caballerías hacia el bosque, y al anochecer los vimos volver cargados de ramajes, según los bríos de cada cual. Simón el *Retinto* traía dos machos ocultos bajo la carga; el chico del tío Perico, el *Brujo*, su jumentilla; el del hornero, una carreta; el hermano de la Rita, un carro tirado por tres mulas, y sospecho que, entre las

VISTAS DE AMBERES.



LA PLAZA VERDE. — LA NUEVA BOLSA. — LA PORTADA DE LA CATEDRAL.

ramas, algún puntal á fin de sostener su ruinosa casa. Las mujeres debían volver el mismo día de la fiesta muy temprano; habían ido por flores á otros campos, y esta vez tocó la comisión á las ancianas devotas, mientras que las jóvenes y los chiquillos limpiaban casas, calles y plazas: *policía única en el año*.

La mañana del gran día, el señor cura dió la santa comunión; en seguida montó una mula y se fué á oficiar á otra parroquia, que con igual celo sirve también. A las diez estaba de vuelta, y las campanas invitaban á los fieles con su alegre y piadoso vocerío.

No sé decirte, Dolores, el encanto, la dulce emoción que sentí al entrar en la iglesia: los blancos

muros estaban literalmente cubiertos de follaje; la estera que cubre el suelo, también blanca, estaba sembrada de la morada y fragante flor del cantueso, traída por las ancianas de muchas leguas andadas á pie; el altar, también florido, estaba iluminado por treinta cirios; todo estaba preparado para exponer á S. D. M.

Sonó el órgano, se unieron las voces del pueblo y del sacerdote, y se elevaron las almas adorando al Señor del cielo y de la tierra, oculto bajo los misteriosos velos de la sagrada hostia. ¡Dulce y tierno sacramento de la Eucaristía!

Jesucristo, antes de abandonar la tierra, después de sufrir muerte y pasión, aun quiso quedarse prisionero de sus hijos, para consuelo y remedio de

sus penas. ¡Cuánta ternura despierta en mi alma la idea de que un Dios todopoderoso se encierre voluntariamente en el sagrario, quedando cautivo mío hasta que yo, indigna y miserable pecadora, voy á darle libertad, uniéndole á mi alma, que es suya...

Al terminar la Misa salimos acompañando al Santísimo Sacramento; los hombres y muchachas todas del pueblo formaban la procesión; llevaban las varas del palio el alcalde y personas de viso; seguían al Sacramento las mujeres y las niñas con cirios encendidos.

No se oía más voz que las preces; las calles y las casas estaban desiertas, presentando un aspecto misterioso y poético; la tierra del suelo y las paredes de las viviendas desaparecían bajo la hojarasca del

ramaje del bosque; por ventanas y balconillos asomaban humildes colgaduras de percal de colores.

No quedó ni un sér humano encerrado en su albergue; no había ningún enfermo; el pueblo en masa acompañaba al Señor en religioso silencio, hasta que volviendo al templo, con las oraciones propias se reservó al Santo de los Santos.

¡Gloria á Dios! ¡Gloria á sus ministros, y gloria al pueblo católico, apostólico, romano!

MARÍA DE LA PEÑA.

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MÁNRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO IX

De su paciencia.

PERO mucho más se echa de ver el efecto de este divino amor en lo mucho que padeció, y en la paciencia y alegría con que padeció por él. Porque dejando aparte lo que padeció en espacio de tantos años con su madre por no quererle casar que fué mucho, y la paciencia y sufrimiento admirable con que ella lo llevaba, como se ha dicho, después de la muerte de su madre no le faltaron otros trabajos; porque el Señor que la había tomado por esposa, y mostrándosele con la corona de espinas y sangriento, la quiso ejercitar para que saliese más resplandeciente como oro del crisol, y permitió que una persona seglar y principal, la zelase, y quisiera enterarse de lo que hacía, y que otras hiciesen lo mismo sin razón ni fundamento alguno; y aunque Doña Estefanía lo supo nunca se dió por entendida, ni mostró á la persona dicha algún disgusto, y con callar y sufrir y encomendar el negocio á Dios sin hacer mudanza en su modo de proceder, su Majestad la sacó bien deste trabajo, como también de los demás. Poco más de un año antes que muriese, una mujer que le era muy desigual le escribió algunos billetes libres y muy descomedidos y en ellos hería muy en lo vivo á una persona que ella amaba y estimaba mucho. Sintió esto más Doña Estefanía que si tocara á su persona por el agravio y sinrazón que se le hacía á la otra; pero nunca dió una mínima muestra de impaciencia, antes diciéndole que aquello no se podía sufrir, respondió con gran paz que no era de maravillar, porque la persona que escribía estaba muy afligida; y luego procuró con prudencia y buen término atajar aquel desabrimiento, y envió á decir á aquella mujer que siempre que tuviese necesidad acudiese á ella, porque con entera voluntad la ayudaría en todo lo que pudiese. Y de estos podíamos contar otros semejantes ejemplos.

En lo que más resplandeció su paciencia fué en sufrir muchos años con grande alegría graves dolores y terribles enfermedades. Más de treinta años tuvo un perpetuo dolor de cabeza tan recio algunas veces que la hacía mudar el color; de manera que con ser tan blanca se la tenía el rostro tanto, que hasta el blanco de los ojos se le ponía amarillo como una cera; y era tan fuerte el dolor como si tuviera atravesado un clavo por las sienas de una parte á otra; y ella lo llevaba con tan extraña igualdad y sufrimiento, que nunca mostró disgusto ó sequedad con los que trataba, sino grande alegría y afabilidad.

Echóse esto más de ver en una terrible enfermedad, que le duró desde los cuarenta y cuatro años de su edad hasta los cincuenta y dos, de dolores muy agudos que le tomaban todo el cuerpo; y por muchos remedios que los médicos le hicieron nunca la pudieron curar, antes parecía que con ellos no se mitigaban, sino que se aumentaban, y crecían los dolores; y así estuvo ocho años tullida en una cama, aunque algunas veces se levantó, y por espacio de once meses tan fatigada y trabada de todo el cuerpo, que no pudo menearse de un lado ni comer con sus manos ni se le pudo mudar una camisa, sino sacando la que tenía á pedazos, ni las sábanas, porque la fuerza de los dolores era tanta, que no se podía llegar á ella, especialmente, las noches, que se le pasaban sin pegar los ojos. Y parece que le fué este un género de martirio prolijo con que la quiso el Señor afinar y perfeccionar y hacerla semejante á sí, para que bebiese el cáliz de su pasión y fuese mujer de dolores, como él había sido varón de dolores. En estos dolores se advirtieron algunas cosas que significaban ser ellos regalos de Nuestro Señor, que los enviaba para mayor gloria suya, y para mayor corona de Doña Estefanía; porque además que nin-

gun remedio la hacía provecho ni le daba alivio y que en todo este tiempo se sintió rastro de mal olor salir de su cuerpo, en las fiestas más principales de Nuestra Señora, y de su benditísimo Hijo, y de algunos Santos que eran sus Patronos y Abogados, los dolores crecían y eran más furiosos; y la misma Doña Estefanía con la experiencia que tenía de esto solía decir con muy buena gracia: esperad y vereis cómo me trata mi Señora la Magdalena; y el del Señor San Esteban decía que le tiraba de sus piedras, y de San Ildefonso que le trataba como amigo. En esta enfermedad tan larga y tan dolorosa fué casi increíble la paciencia que tuvo y el amor tan entrañable que mostró á Dios; porque no dejó sus confesiones y comuniones ordinarias, ni de rezar cada día el rosario á Nuestra Señora, ni otras devociones, y los exámenes de conciencia, y algunos ratos su oración mental, ni de hacer á menudo aquellas oraciones breves que llaman jaculatorias, y gracias sin cesar al Señor porque la juzgaba en esta vida, y le pedía fuerzas para llevar con gusto aquella cruz, y morir por su amor en ella, como si estuviera en su oratorio.

Pasaba las noches, ó haciéndose leer un libro, ó cantando Psalmos y cosas de devoción, y muchas veces las componía ella misma, y las decía con tanta ternura y sentimiento que hacía llorar á las criadas, que estaban con ella y parecía que le daba más cuidado lo que ellas padecían por afligirla y servirla que sus propios dolores. Mas en ella el Señor que la probaba para fabricarla mayor corona, la daba una paz y consuelo interior, como si no estuviera en tormentos del cuerpo, sino en regalos y deleites de su alma; y así lo mostraba hablando con la misma afabilidad, mansedumbre y dulzura que solía cuando estaba sana y en los mismos dolores con un semblante y con una boca de risa tan particular que parecía no era ella la que padecía, ni suyo aquel cuerpo tan lleno de dolores, como se lee de muchos mártires que en sus tormentos estaban como en una cama de flores.

Mas en esto se ve cuán poderoso es Dios para convertir los dolores en deleites, las espinas en rosas, y la muerte en vida, y que no solamente da las enfermedades á los pecadores para que se conviertan, sino también á los santos y justos para que crezcan más en su amor, y alcancen mayores victorias y coronas. Toda esta paciencia nascía del amor que esta Señora tenía á Dios, por el cual se conformaba en todo y por todo con su voluntad, y se gozaba de padecer tantos y tan duros tormentos, porque él lo quería.

CAPÍTULO X

Del amor que tuvo á los prójimos.

De esta fuente así mismo tan copiosa y abundante del amor que tenía Doña Estefanía á Dios Nuestro Señor, se derivaba el amor y caridad con sus prójimos, cuyos trabajos muchas veces los sentía ella más que los mismos que los padecían. Tenía gran cuidado que en su casa se hiciesen medicinas, y otras cosas para pobres enfermos y necesitados, á los cuales acudía con mucha caridad y gusto antes que heredase y fuese Señora de su casa; á la cual acudían los Religiosos y Religiosas por medicinas y regalos para sus enfermos, y ella los mandaba proveer muy cumplidamente, porque amaba tiernamente y reverenciaba todas las Religiones. Y para poder proveer mejor á los pobres se deshizo de todos sus vestidos que eran muy preciosos y ricos, y parte de ellos vendió para los pobres, y parte repartió para ornamentos de las Iglesias.

Todo el tiempo que pudo iba una vez cada semana con su madre al hospital del Rey, que es de incurables y de enfermedades contagiosas, y otras iba sin ella, y se entraba en la enfermería de las mujeres y ella las lavaba y limpiaba por su mano, hacía las camas y otros oficios más humildes. Llevábalas regalos, y les daba limosnas, consolándolas y ayudándolas á llevar su trabajo con paciencia y ofrecerle á nuestro Señor, y hacíalo con tan grande alegría, suavidad y caridad, que en viéndola entrar en la enfermería todas las enfermas se alegraban y decían: ya viene nuestra madre. Y verdaderamente ella lo era; porque las trataba y acariciaba como si fueran sus hijas y más á las que estaban más llagadas y asquerosas, porque con estas se regalaba más. La que esto hacía con las extrañas no es maravilla lo hiciese con las criadas de su casa; de las cuales cuando estaban enfermas tenía el cuidado que se dijo arriba. Y mostró bien su amor y encendida caridad en lo que hizo con una criada que tenía encanecado el pecho, y podrido todo el lado de manera que por el mal olor no se podía entrar en su aposento, y algunas criadas se desmayaban de sólo verla, y sentir el mal olor que de ella salía. Pero

la caridad de Doña Estefanía no quiso perder tan buena ocasión para triunfar de sí y crecer en el amor de su esposo, y mostrar lo que le quería, pues por su amor se ponía á tan gran trabajo. Cada día dos veces la curaba de rodillas con el rostro tan cerca de las llagas que parecía estaba oliendo rosas y suaves flores, y aplicaba las medicinas con tanta gracia que la misma enferma sentía mucho alivio; y duró esta cura muchos días; porque habiéndola dejado los cirujanos por desahuciada y sin remedio, diciendo que en breve acabaría, vivió más de cuatro meses, criando muchas veces gusanos en las llagas, y otras desangrándose por ellas. Y cansándose los médicos y los otros que la curaban de tan prolija y penosa cura, Doña Estefanía no se cansaba ni se cansó hasta que Nuestro Señor después de haberla probado en esta vida, la llevó á la otra para gozar de sí como esperamos; y á la hora de la muerte la animó y esforzó con mucho espíritu y la amortajó por sí misma. Porque en este piadoso oficio mostraba también su gran caudal, que á todas las criadas ó hijas de criadas que morían dentro de su casa ella las amortajaba, sin consentir que nadie la ayudase en este piadoso oficio. En otra cosa asimismo mostraba su caridad para con los prójimos, que era, en darles gusto en todo lo que podía; lo cual nacía no solamente de su noble y amable condición, sino también de tener ella tan mortificados todos sus gustos, que con gran facilidad se acomodaba y seguía los gustos de los otros, aunque fuesen personas á ella inferiores, porque como ella no tenía otro gusto sino en darle á Dios por quien él es, y á sus criaturas por su amor, no tenía trabajo, ni se cansaba cuando les daba gusto, porque entendía que le daba á Dios. Mas esta blandura y facilidad era en las cosas del Señor ó indiferentes, porque en las otras que ella entendía que no eran de tanto servicio suyo, no se dejaba torcer, ni ablandar, antes llevaba al cabo lo que una vez había mandado y determinado, y juzgaba ser para mayor gloria de Dios, y esto con tanta firmeza y constancia, que por ningún camino la podían apartar de lo que había determinado. Y en este género de cosas parecía otra persona de lo que era en las demás. Esta misma caridad para con los prójimos mostraba en el cuidado que tenía en hacer muchas obras penales por las ánimas del Purgatorio y en mandar hacer muchos sufragios y oraciones y obras pías por ellas, para que el Señor las llevase al lugar del descanso y perpetua quietud.

(Se continuará.)

POLVOS Y LODOS

Leyenda original

DEL PADRE LUIS COLOMA, S. J.

(Continuación.)



ENTRETANTO, el tiempo corría, y de tal modo corrían también los dineros de Manolo, que á los dos años había derrochado por completo la legítima heredada de su padre. Mas no por eso moderaba su boato ni cercenaba sus gastos: limitábase tan sólo á no pagar las deudas que por todas partes contraía; y de locura en locura, de bochorno en bochorno, de bajeza en bajeza, llegó por fin á vivir por completo de las pingües rentas de la poca vergüenza. Pedía dinero prestado; comía cada día de la semana en casa de uno de sus ilustres parientes; daba rodeos para evitar el encuentro de acreedores como el peluquero y el perfumista, y empeñaba alhajas y hasta ropas, para comprar el ramo de camelias que regalaba á la actriz de moda, ó satisfacer algún otro capricho semejante, en que le parecía ver un deber de sociedad ó una exigencia de su rango. ¡Cuántas amarguras no le costó, sin embargo, ahogar ese sentimiento de noble pundonor que existe siempre en el hombre bien nacido mientras no se encanalla! ¡Qué rubor cubrió su frente la primera vez que no pudo pagar una deuda que le exigían! ¡Qué vergüenza cuando tuvo que regatear por vez primera en una casa de préstamos, los intereses de la alhaja que empeñaba! ¡Qué humillación cuando se oyó designar entre las mismas personas de su círculo, con el apodo de *el joven de los siete cocineros...*!

Ya Manolo debía hasta la camisa que llevaba puesta; ya se veía forzado á ahorrar las cuatro pesetas que le costaba un par de guantes, y aun no se había deshecho del coche y los caballos; aun no podía prescindir del abono en el teatro, y creía necesarios los mil gustos refinados que, por no haber aprendido nunca á prescindir de ellos, formaban en él una segunda naturaleza. Encaminábase un día á paseo, guiando los caballos de su tálburi, con un lacayo á la trasera, que llevaba terciado al brazo el lindo bastón del señorito, con puño de malaquita. De repente se lanzó á los caballos, con un palo en la

mano, un hombre del pueblo, roto y mal encarado, y detuvo con un vigoroso empuje el trote del brioso tronco. Indignado Manolo, levantó el látigo para castigar al atrevido, sin reconocer en él al infeliz carpintero del Club tauromáquico, á quien adeudaba tres mil reales, importe de sillas, picas y palos de banderillas. Mas el hombre saltó como una fiera al coche, y agarrando al elegante por el cuello, barbotaba furioso:

— ¿Mis hijos se mueren de hambre y tú andas en coche...? ¡Paga, canalla, paga ó te estrangulo! Y al decir esto, la estaca del artesano se levantaba con vigoroso empuje para medir las espaldas del señorito.

Aterrado Manolo, se arrojó por el otro lado del coche, y más atemorizado que confundido, más lleno de saña que de vergüenza, desapareció entre el círculo de curiosos que había rodeado al coche, mientras el carpintero gritaba:

— ¡Tunante...! ¡tramposo...! en el centro de la tierra que te escondas te he de arrancar mi dinero...

Este incidente llenó de temor á Manolo, y para evitar que el feroz carpintero cumpliera sus amenazas, decidió pagarle su deuda. Mas ¿dónde encontrar aquellos tres mil reales, mezquina cantidad, que era en aquel tiempo para su agotada bolsa una suma más que considerable? Preocupado con esta idea, se dirigió aquella noche á primera hora, con el fin de matar el tiempo, á casa de la Condesa Z**, ilustre parienta suya, cuya hija única había de casarse de allí á pocos días. Encontró á las señoras en un salón morisco á que daban entrada por uno y otro lado dos intercolumnios árabes, cerrados con amplios cortinajes de seda de Mogador. Hallábase allí expuesto el *trousseau* de la novia; y varias otras damas, amigas y parientas de la Condesa, contemplaban, criticaban y envidiaban aquel inmenso conjunto de preciosidades, valuado en dos millones de reales. Joyas, telas, ropas y objetos preciosos de todas clases, hallábanse colocados en una especie de bazar que ocupaba todo el largo del salón, teniendo cada objeto una tarjeta en que constaba el nombre de la persona que lo había regalado.

Manolo saludó afectuosamente á aquella ilustre anciana en que se hermanaban de un modo extraño la piedad y la firmeza, la dulzura y la prudencia. Su traje era negro, de seda, rico cual correspondía á su clase, severo cual cuadraba á sus años; sus cabellos blancos, sujetos con un gran peine de azabache, formaban gruesos bucles, que daban á su cabeza el airoso aspecto de un camafeo romano. Manolo saludó también á las otras señoras, y siguió con ellas pasando revista á las galas de la novia.

— ¡Oh qué cosa tan magnífica! exclamó una de las damas, deteniéndose ante unos encajes primorosamente colocados sobre visos de raso celeste.

— Este es el regalo de mi prima Lady M**, dijo la Condesa; y dejando sobre el tapete un pañuelo blanco que tenía en la mano, desdobló los encajes.

— Estos, decía mostrándolos, pertenecieron á la reina Ana Stuart: forman tan sólo los vuelos de unas mangas, y están apreciados en cinco mil duros.

— Pues no me parece muy delicado regalar una cosa ya usada; dijo remilgadamente una vieja llena de cosméticos y moños, que en todo encontraba faltas.

— Y á mí sin embargo me ha parecido este regalo más delicado que ninguno, replicó la Condesa: porque estos encajes los regaló la reina Ana á la bisabuela de mi prima, y para que no salgan de la familia, los ha regalado ella á mi hija.

— Será lo que tú quieras, dijo desdenosamente la vieja; pero jamás me pondría yo desechos, aunque fuesen de una reina.

— Desechos son estos que más de una princesa los querría para adornarse, dijo con sorna la Condesa. Pero para que veas que mi pobre prima no regala tan sólo desechos, aquí tienes el complemento de su regalo.

Y al decir esto, la anciana levantó con ambas manos un rico joyero de plata, en que se hallaban apiladas sin engaste, cual si fuesen avellanas, hasta un centenar de gruesas perlas de Guzarate.

— ¡Pero esto representa un caudal! exclamó asombrada una de las señoras.

— Ni siquiera las he contado, dijo sencillamente la Condesa.

Al oír esto Manolo, levantó vivamente la cabeza, y atusándose el bigote, se puso á contemplar las riquísimas perlas, mientras la vieja de los moños decía despechada:

— ¡Claro está! Como su marido fué virrey en la India, no le costaría mucho á la buena Lady hacer pacotilla de perlas.

De nuevo iba á replicar la Condesa, pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que esperaba una visita en un salón vecino. La Condesa invitó enton-

ces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salón en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecía preocupado, aprovechó la ocasión para despedirse.

— ¿Te vas, Manolo? dijo la Condesa tendiéndole la mano.

— Sí, replicó éste: voy á dar una vuelta por el círculo, y á oír luego los *Hugonottes*... Anoche estuve Tamberlick delicioso...

— Pero vendrás á comer mañana... Es miércoles.

— ¡Ya lo creo! dijo Manolo; y dirigiéndose á las otras damas, añadió riendo: ¿Dónde encontraré un Anfitrión como la Condesa... y unas *cotelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

— Ya sabes, dijo, que la Condesa-Anfitrión es Anfitrión inamovible, y que las *cotelettes* están vinculadas á los miércoles... Ya tiene orden el cocinero de que nunca falten.

— ¡Pero esos son ya demasiados mimos!

— ¿Y qué quieres, hijo? replicó bondadosamente la anciana. Mimar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo bajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo, que no encontraba, en los bolsillos del pantalón primero, y después en los de la levita: entonces volvió atrás, y entró de nuevo en el salón morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habían ya salido; y al verse solo Manolo, lanzó en torno suyo una mirada medrosa; acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la reina Ana y las perlas de Guzarate; allí se detuvo, mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nuevo volvió á extenderla, y pálido, desencajado, temblándole las rodillas, cogió al fin del joyero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda, sonaron en aquel instante al otro extremo del salón: el ratero volvió aterrado la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció: sólo había en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G y una corona condal. Era el mismo que había olvidado la Condesa sobre el tapete al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salón; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atravesó calles y plazas, sin saber adónde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginación extraviada los transeúntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinaban de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan sólo la palabra ¡ladrón!, la palabra ¡ratero...!

Jadeante llegó al fin al puente D**, solitario en aquella hora; y encaramándose en un pilar, arrojó con furia á la turbia corriente del río las cuatro riquísimas perlas.

Entonces, por una de esas obcecaciones de la pasión, tan comunes en el hombre, el ilustre ratero se creyó seguro y se creyó absuelto, y dejándose caer en un banco del puente respiró desahogado.

(Se continuará.)

AURORA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. M. P. V.

III



DESPUÉS de algunos momentos de franqueza y de broma me separé de los pescadores, y me fuí á dormir á la posada, para despertar en cuanto amaneciera. El punto de reunión era la iglesia. Me acosté en una holgada cama y me quedé dormido como un serafín. Cuando desperté daban las cinco en un reloj que había en la sala de la venta. Alarmado abandoné la cama, y me avié con la mayor ligereza, porque hacía cerca de media hora que era de día.

Cuando entré en la iglesia vi con gozo que los novios no estaban, porque doña Isabel aun no había llegado. Mucha gente llenaba el templo, que estaba iluminado como para una gran fiesta. Tal fué

mi prisa y mi sorpresa, que no reparé si hacía sol ó estaba nublado. Y el día amaneció lluvioso, y en algunos puntos del horizonte vi extenderse muchas y negras nubes. En esto sentí el ruido del carruaje de doña Isabel, y poco después entraban todos en la iglesia, no quedando un vecino en el pueblo más que una ó dos criadas en la venta.

Poco duró la ceremonia de la boda, de la que eran padrinos doña Isabel y el señor Anselmo, y después de la misa salimos todos de la iglesia dando la enhorabuena á los recién casados, á quienes escoltaba numerosa concurrencia. Iban rebosando júbilo los esposos, y yo gozaba solamente con verlos. La pobre doña Isabel iba más pálida que de ordinario. Me acerqué á ella, y después de estrecharla la mano, le pregunté:

— ¿Y su hijo?

— Mal.

— ¿Pues cómo?

— Tenía fiebre, estaba sobreexcitado, pasó muy mala noche, y me dijo que quería venir conmigo; añadiendo que tendría valor suficiente para presenciar la boda. Lo que he sufrido no puede usted calcularlo. Esa fué la causa de mi tardanza. Salí de mi casa con el corazón destrozado. ¡Ay! Mi vida toda es así.

— ¿Y su hijo la obedeció á usted por último?

— Sí. Mis lágrimas produjeron su efecto, porque él es la bondad y la obediencia. Me abrazó y me besó con el mayor cariño, diciéndome que no tuviera cuidado, que allí estaría, y se fué al gabinete de su abuelito, porque ha de saber usted que tengo á mi anciano padre imposibilitado y con la cabeza perdida.

— ¡Eso más!

— ¡Qué quiere usted! Estos trabajos nos hacen más fácil el camino que conduce al otro mundo, y nos prueban que no se halla en éste la felicidad humana.

Habíamos llegado á la casa. Todos los vecinos del Ulló estaban allí. Yo estaba triste, me había impresionado mucho el sufrimiento de aquella infeliz señora; así es que me encontré sin gusto para nada, pero no tuve más remedio que esconder esta pena por no aparecer ridículo ni entristecer á los demás. Me acerqué á los esposos, que con su vistoso traje y su sonrisa ingenua me parecieron dos figuras encantadoras dignas del pincel de Urbino, y después de apretarles la mano les dije:

— Inspiran ustedes envidia.

— Imite usted nuestro ejemplo — respondió Domingo.

— ¡Ay amigo mío! no consiste en casarse, sino en saber con quién se casa uno. No todos tienen la fortuna de haber nacido al lado de un ángel, que cuando pequeños ha jugado con nosotros mirándonos siempre con delicia, y cuando mayores nuestros ojos y nuestras almas han comprendido que hemos nacido el uno para el otro, y que es imposible la vida sin vernos y sin amarnos.

— Tiene mucha razón — dijo Aurora mirando á su esposo con inefable dulzura.

— Ya lo veo que la tiene — contestó Domingo dirigiéndola otra amorosa mirada, — pero ya está aquí el señor cura, y por lo tanto, podemos irnos sentando á la mesa. Conque vamos arriba, que me parece que oigo á mi padre que nos dice que subamos.

Gran algazara y contento se notaba en todos los pescadores. Seguí á los recién casados, no sin huscar antes con la vista, aunque en vano, á doña Isabel, que salió á recibirnos hasta la escalera del piso principal, y debo decir que me quedé admirado. Figúraos una sala espaciosa, aunque baja de techo, en medio de la que había ocho mesas unidas, sobre las cuales se hallaban extendidos ocho blancos manteles que parecían uno sólo, y artísticamente combinados ocho ramilletes de diversas y aromáticas flores sobre jarrones sencillos y del mejor gusto, alternando con fruteras y copas de dulces y botellas de diferentes vinos. Había además grandes fuentes de bizcochos, y un sinnúmero de jicaras de chocolate que despedían una fragancia especial. Las paredes resultaban caprichosamente embellecidas con todos los arreos y útiles de la pesca.

El señor cura, los recién casados y todos, se sorprendieron á la vista de tan excelente cuadro.

— ¿Qué les parece á ustedes esto? — gritó con cierto orgullo el señor Anselmo, mirando á doña Isabel; — ¿no es verdad que nosotros no somos dignos de este regalo, miserables obreros de la mar, más propio de un palacio y de gentes acostumbradas al lujo y á las comodidades de la vida?

Es muy cierto — dijo el señor cura; — pero por esa misma razón, es más de estimar este fino obsequio, que ya sabemos todos quién lo hace.

Aurora se arrojó llorando en los brazos de doña Isabel, y Domingo la apretó la mano con una viva

emoción. Yo me acerqué al anciano pescador, y le dije rápidamente y por lo bajo:

— Doña Isabel quisiera saber á quién de ustedes debe la vida.

— A Dios, me respondió el viejo con tono solemne y señalando al cielo.

— Vamos, vamos á la mesa — dijo la señora; — que vayan entrando todos, que quiero saber si faltan asientos para algunos vecinos, con objeto de repararlos en la hora de la comida.

— Viva la Pepa — dijo el señor Anselmo; — no podéis quejaros, hijos míos, que vuestra boda es de príncipes. Dios se lo pague á esa santa, añadió señalando á doña Isabel; y luego dirán que no hay virtudes en el mundo.

El cura añadió á esta otra alabanza más, y luego hablaron otros y se generalizó la conversación, que vino por último á recaer en los pescados que gustaban á doña Isabel y al sacerdote, extrañándose que en un puerto de mar no hubiera para la mesa de boda pescados escogidos con que obsequiar á los contrayentes y demás personas que les acompañaban. El viejo Anselmo guiñó un ojo á su hijo menor, y ambos se levantaron de la mesa, siguiéndoles yo, que quería estar en Vigo á la mayor brevedad, despidiéndome con este motivo de los recién casados, á quienes dije que un asunto urgente me privaba del placer de estar más tiempo en su compañía. Bien lo sintieron, como lo sintió doña Isabel, á quien dije con franqueza lo que me impulsaba á partir.

Vaya usted sin perder un momento, contestó la virtuosa dama, que ya que se viene la suerte á la mano fuera vergonzoso no aprovecharla. Yo también me voy á ver cómo siguen mi hijo y mi padre. Adiós, hasta la vuelta.

Ya tenía hablado al patrón de la falúa que me iba á llevar á Vigo, que había participado del desayuno en la casa de Aurora. Estaba en la playa esperándome con tres carabineros de Pontevedra y otros pasajeros de otros puntos cercanos. Nos metimos en la embarcación alejándonos de allí al impulso de un viento favorable que hinchaba las velas, viendo no sin recelo que se oscurecía por completo el espacio. Las aves marinas volaban con rapidez asustadas de la próxima tormenta. El viento empezó á soplar con fuerza, y las ondas á agitarse con imponente clamor mecido la falúa como la hoja de un árbol arrastrada por el vendaval. La oscuridad era cada vez más densa, y bien pronto estallaron numerosos y continuos relámpagos seguidos de espantosos truenos, y bien pronto las olas eran tan enormes, que pasaban por encima de nuestro barco, que parecía sepultarse en el abismo, desde la altura aterradora á que aquéllas la empujaban. Yo iba de pie sobre cubierta, porque dentro me mareaba, abrazado al palo mayor, y podéis calcular cómo estaría con tan bruscos baños y rozamientos. Cuando recuerdo este paso de mi vida me asusto y me admiro. Desde allí pude ver las lanchas de los pobres pescadores luchando como la nuestra contra el furioso elemento. El huracán que reemplazó al viento suave, me hizo estremecer más que nada. Rompióse á su ímpetu nuestra vela en jirones y las jarcias se quebraron, y hubo un instante en que creímos que la falúa se nos ponía por montera. El patrón estaba lívido, y al preguntarle yo si tenía alguna esperanza me contestó con voz lúgubre: sólo en Dios. Pensé en mi madre y en mi hermana, que había dejado solas en Madrid, y pedí al Señor, á quien creía ver al través de la lúgubre tempestad, no las desamparase y tuviera compasión de mí. Tormentas de agua despedían las nubes, el bramido del huracán era aterrador, los truenos retumbaban en el espacio, y sin jarcias, timón ni velas, veíamos que la falúa iba á irse á pique con las grietas que ya tenía, efecto de dos choques que recibimos contra los peñascos. Mis compañeros, no menos alarmados, pedían también á Dios piedad y misericordia.

En esto oímos gritos desgarradores y confusos, que ahogaba el estruendo de la tormenta, gritos y voces que se fueron acercando. Era mucha gente que había en la playa, y que á juzgar por sus ademanes y acciones, estaba poseída del más cruel y abrumador sentimiento. Cuál no fué mi asombro cuando reconocí en aquellas playas el punto de partida, y en aquellas gentes el reducido pueblo del Ulló. Mis compañeros, pálidos como la muerte, estaban sobre cubierta, porque la falúa hacía mucha agua. Pero si la tormenta nos había hecho retroceder hacia la orilla, en cambio en ella nos esperaban los mayores azares por el gran número de peñas y peñascos que la cubrían. Desesperado ya en un momento en que la falúa iba á estrellarse contra una enorme roca, me arrojé de un salto sobre ésta en el instante mismo en que las olas y el huracán llevaron la embarcación á una distancia respetable. Me con-

sideraba fuera de peligro, porque de roca en roca podía subir á tierra, como así lo hice, y cuál no fué mi alegría cuando vi nadando á mis tres carabineros ganar las rocas y ponerse en salvo, y poco después al patrón de la falúa.

(Se continuará.)

VICENTE - ASPA.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

Dió algunos pasos por el cuarto y se acercó á su espejo. Miró un momento sus vestidos de luto, sus hermosos cabellos sueltos, sus mejillas pálidas, donde corrían algunas lágrimas.

— ¡He llorado tanto! — suspiró; — ¿me habré desfigurado con los estragos del dolor?

Entonces, con mano temblorosa, sin sonrisas y sin coquetería, alisó la masa sombría de sus cabellos, mojó sus mejillas para quitar de ellas la señal de sus lágrimas, y hasta se restregó el rostro para reavivar sus colores. Quería parecer bella, se hubiera dicho que pensaba divertirse en un baile, y, sin embargo, sus miradas eran tristes y se estremecía con su vestido de luto.

Cuando concluyó de arreglarse pasó al saloncito y llamó á su ama.

— Marta — le dijo — ve á avisar al capitán Ignatiew, que lo espero aquí.

— ¿Al capitán Ignatiew, hija mía? — repitió la anciana sorprendida.

— Sí, al capitán, ¿no me has oído? ¿Por qué me miras y mueves la cabeza? Lo que tengo que decirle tiene que ver... con... la muerte de mi hermano — añadió con un doloroso suspiro.

La anciana no insistió más y salió; estaba acostumbrada á la voluntad ligeramente despótica y á las órdenes, muchas veces caprichosas, de su niña mimada.

Al cabo de diez minutos entró Ignatiew y se acercó á la joven, haciéndole un respetuoso saludo.

— ¿Se ha engañado Marta, señorita? — le preguntó él tímidamente — ¿ó verdaderamente me hacéis el honor de mandarme á llamar?

— Tengo necesidad de hablaros, capitán. Venid á sentaros aquí.

Y Alejandra le señaló un sillón cerca de ella, haciendo por sonreírse.

Se inclinó Ignatiew y se sentó, fijando en la joven una mirada en la que se reflejaba su profunda sorpresa. Ella, poniendo su cabeza entre sus manos, pareció reflexionar un momento; después le dijo, mirándolo con dulce firmeza y modesto aplomo:

— Estamos tristes mi pobre padre y yo, capitán, y no hay más que usted que pueda llorar con nosotros. Este horroroso suceso hace que seáis de aquí en adelante casi de la familia. ¿Con quién podremos hablar de nuestro querido difunto sino con usted? Habéis sido su compañero de infancia, más tarde lo habéis acompañado en sus expediciones, en sus peligros, y sólo la muerte no os ha encontrado reunidos.

— ¡Ojalá que hubiera sido de otro modo, señorita! — replicó Ignatiew supiriendo. Más valía cien veces que Pablo estuviese en este momento junto á ustedes lleno de gozo y de fuerza, y que yo ocupara su lugar en su sangriento sudario.

— Dios no lo ha dispuesto así, y sus designios son impenetrables — dijo Alejandra con dulzura. Tal vez haya querido sustraer á nuestro querido Pablo á pruebas demasiado terribles; tal vez haya querido reservarlos á vos para los deberes del porvenir.

— ¿Deberes...? sí, sin duda, — respondió Ignatiew con melancolía. Cada uno tiene los suyos y debe cumplirlos con valor.

Pero los míos son los de un soldado oscuro, de un dócil servidor, que cien otros, mil tal vez, podrán reemplazar con ventaja.

— ¿Qué sabe usted? — dijo Alejandra, envolviéndolo con su mirada como con un relámpago deslumbrador. ¿Por qué rebajaros, desanimaros y desconfiar de vos mismo, cuando tenéis delante la juventud y la vida? No dudéis, lo conozco, de que podéis ser gloriosamente útil... ¿Pero qué diríais si yo os proporciono el cumplir una tarea noble y difícil... por ejemplo... el salvar una vida?

— ¿Una vida...? ¿qué vida...? — preguntó Ignatiew atónito, espionando el menor movimiento de los labios de Alejandra.

— Capitán, antes de deciros cuál, me queda que aclarar con usted un punto bastante dudoso — re-

plicó la joven, que parecía reunir todo su ánimo. Y bien; no creo que pueda explicarme de otro modo que con un cuento, una anécdota... un apólogo si queréis... No me miréis tan sorprendido; os aseguro que no deliro y que en este momento lloro á mi hermano con todas las lágrimas de mi corazón. Pero las circunstancias son graves, el tiempo apremia, no tengo más que una hora. Tendré tiempo para derramar lágrimas después, cuando usted me haya prometido... Pero os voy á contar mi cuento...

Ignatiew se inclinó en silencio y Alejandra empezó con voz baja y conmovida, interrogando con inquieta mirada cada uno de los movimientos de su rostro:

«Supondremos, si queréis, que la escena pasa en el Cáucaso, en un sitio estrecho situado entre una ciudadela rusa y los atrincheramientos de un aóul circasiano. Entre el número de los habitantes de la fortaleza se encuentra una señora con inclinaciones caballerescas y de humor aventurero, hija ó sobrina de un comandante. Como su soledad le presta cierto prestigio, recibe todo el incienso de la pequeña colonia, y le pasa también que se le dirigen homenajes muy respetuosos, muy sinceros, que desgraciadamente tiene que rechazar, porque su corazón es indiferente á ellos... Lo que ella más ama es la caza, los bosques, los torrentes y la libertad de las montañas.

«Un día, en una excursión lejana, se aventura imprudentemente dentro de los límites del campamento enemigo, contando, para salir de aquel apuro, con la valentía de su naturaleza, con la agilidad de su caballo y el afilado rindjal² que lleva sin temblar; pero en el momento que va á salir del bosque tiene un encuentro singular. Ve á través de las ramas dibujarse la forma indecisa de un hombre... de un soldado de su país; se acerca, lo espía, reconoce uno de los compañeros de armas de su padre, uno de los jóvenes oficiales que le han dirigido el lenguaje más lisonjero y más respetuoso. Sobrecogida de espanto lo mira de lejos; lo sigue deslizándose silenciosamente entre la hojarasca. Lo ve penetrar muy pronto en el temible recinto del aóul. Entonces su curiosidad, su emoción es tan fuerte, que le hacen olvidar todos los peligros. Se echa al suelo y se arrastra sobre la hierba; se esconde detrás de los matorrales; llega, en fin, á la empalizada que ciñe la entrada del campo...

«Allí ve al capitán, se trata de un capitán, hablar con familiaridad al jefe de los rebeldes, ponerle la mano sobre el hombro. Juzgando por los gestos, le hace confidencias y recibe sus instrucciones. Después sale del aóul y vuelve á tomar su camino hacia la llanura, sin sospechar que la joven lo espía con ardiente mirada... Al día siguiente una columna rusa en marcha, conforme á un designio secreto, es sorprendida y destrozada en los desfiladeros de la montaña, gracias á las caritativas instrucciones de este complaciente capitán, cuyo nombre tal vez conoceréis.»

Aquí espiró la voz de Alejandra en sus labios. Miró á Ignatiew con insistencia, como si hubiese esperado á que él debiese hablar muy pronto; pero el joven oficial continuó guardando silencio: sólo se delineaba en sus labios una sonrisa irónica y en sus ojos se pintaba una profunda amargura.

— ¿Y bien, señor, respondéis? — replicó la joven irritada. ¿Tengo yo que hablar sola? Tengo que deciros yo que conozco vuestro secreto, y que... Si queréis que yo no hable... es menester que salvéis á Witold... Este será vuestro castigo, ya que os habéis hecho tan culpable entendiéndoos con él. Una traición trae otra.

— ¿Salvar á Witold? — exclamó Ignatiew, levantándose con reprimido furor. — ¿Salvar á Witold...? ¿y por quién...?

Alejandra calló ante esta fulminante interrogación, y el joven replicó en seguida:

— ¿Salvarle para vos, que le amáis, para vos, que por causa suya habéis hecho traición á vuestra patria y á vuestro padre, y que acabáis de acusarme á mí de traición? ¿No es esto, decidme, una ironía demasiado amarga?

Y como notó que la joven se había puesto de una palidez mortal, y que escondía su rostro entre sus manos:

— ¡Oh señorita Nebutoff! ¡Oh Alejandra! — continuó con más dulzura; — ¿por qué habéis sido tan altiva y tan desconfiada conmigo? ¿Pensabais que me amedrentarían vuestras amenazas, y que sería necesario el enseñarme la horca para comprometerme á salvarlo?

— ¡Salvarlo...! Pero mi juramento me obliga á ello antes que á vos. Sé guardar un secreto mejor que

¹ Pueblo fortificado habitado por los Scherkefses.

² Puñal circasiano.

vos, creedme; soy más discreto y tan fiel. No soy yo el primero que ha revelado á Witold los proyectos de la columna rusa, y al menos yo no tengo padre á quien hacer traición, porque soy huérfano.

La oyó sollozar y tomó una de sus manos, que estrechó respetuosamente entre las suyas.

—No lloreis—le dijo—sin duda habéis comprendido mal mi pensamiento. No os acuso porque améis á Witold, ni le sirváis, porque el corazón no conoce patria, y yo sé mejor que nadie que no se puede mandar á sus afecciones... Pero os acuso por no haber tenido confianza conmigo, por haberos querido hacer dueña de mi destino por medio de un cálculo miserable, que no me hubiera detenido un solo instante... Queráis que yo temiera por mi vida, Alejandra... Pero ¿qué me importa mi vida? La expongo á cada instante. En el peligroso puesto que ocupo, la menor circunstancia puede hacerme traición; á cada instante veo la muerte ante mí. ¿Pensáis que no esté preparado para ella...? En lugar de quererme asustar haciéndome conocer que poseéis mi secreto, ¿por qué no habéis venido á decirme faz á faz, como lo habierais hecho otras veces: «Amigo mío, compañero de infancia, me confío á usted, os necesito. No quiero que ese hombre muera... Salvadle aunque yo lo ame y aunque vos me améis?» Entonces hubiera sido aún feliz, Alejandra, en mi abnegación, en mi amarga desilusión, porque hubiera conocido que aun me estimabais, ya que no me améis.

Alejandra estrechó la mano del joven oficial y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Perdonadme, amigo mío; perdonadme, hermano!—le dijo sollozando.—He sido cobarde porque soy débil; he sido cruel porque tenía miedo. Antes de condenarme tendríais que tenerme lástima: es menester encontrarse muy abandonada del cielo y de los hombres para dudar de vuestra abnegación.

—No dudaréis ya, lo espero,—respondió Ignatiew mirándola con pena.

He renunciado á vuestro amor, Alejandra, pero sería horrible para mí el renunciar á vuestra estima. No quiero que me toméis por un espía y por un traidor, por un vendedor de los secretos de Estado.

Todo lo que he hecho hasta ahora lo he hecho, sin embargo, por mi verdadera patria... Mi nombre es ruso, pero mi culto, mi corazón, mis recuerdos son polacos. Mi madre pertenecía á esta desgraciada nación; cuando yo era niño me enseñaba las oraciones de su fe, que yo recitaba en su lenguaje. Después he crecido en esta tierra, y la Rusia me parecería el destierro... ¿No habéis notado, Alejandra, que la Polonia ejerce sobre nosotros un prestigio singular? Nos absorbe, nos hace suyos... Esta tierra en que nos criamos nos penetra de su esencia, nos inspira con su espíritu, nos inflama con su sangre. Nuestros padres creen que siembran aquí súbditos *ortodoxos* y encuentran en nosotros rebeldes. Esta es al menos mi historia.

—Al principio de la insurrección, mi inclinación me arrastraba á otra parte; pero órdenes secretas me han obligado á quedarme aquí y por esto he ayudado á Witold, como hubiera ayudado á otro cualquiera de mis hermanos... Ahora conocéis todos mis secretos, Alejandra; veis si tengo miedo á la muerte.

—No me humilléis más—le dijo ella.—Veis que soy muy débil, muy desgraciada; pero—continuó ella con un fugitivo rubor—¿vuestro deber, decís, consiste en ayudar á Witold, en hacer por salvarlo?

—Sí; por todos los medios posibles.

—¿Encontráis un medio?

—Hasta ahora ninguno.

—Y bien; tal vez haya yo encontrado uno. Mi padre os va á enviar á buscar el prisionero á Broke para traerlo aquí. Podríais escoger los hombres de la escolta...

—En efecto; eso es un medio. En marcha; la evasión es más fácil—respondió el capitán.

—Llevad entre vuestros cosacos á Hyrcio, el hijo de mi nodriza... Me tiene mucho cariño, y en cuanto le diga dos palabras podéis contar con él.

—Bien.

Aquí Ignatiew bajó la cabeza y pareció reflexionar un momento.

—Y cuando haya salvado á Witold—preguntó con cierta amargura—¿dónde queréis que lo esconda? ¿Dónde será menester que vaya...?

—Donde le conduzcan su deber y el cuidado de su seguridad—respondió Alejandra, levantándose con una mirada inflamada.—Ignatiew, lo veis; ahora os toca á vos el ser cruel. Con este hombre, cuya simpatía me echáis en cara, no he hablado más que dos veces en mi vida, y sin duda no lo volveré á ver más. Pero si vive, si se consuela de sus desgracias, ¿qué importa que mi corazón sufra? Ha-

béis dicho ahora mismo que yo quería salvarlo por mí... Os engañabais diciéndolo, y lo sabíais muy bien... Quiero salvarlo por él, por vos, por sus hermanos, por la Polonia, que amáis, y que le ha confiado el cuidado del triunfo de su causa. Quiero salvarlo, porque la muerte está ahí...; pero hay entre nosotros la sangre de mi hermano, y á los ojos de Dios y de los hombres somos enemigos.

Ignatiew, inclinándose respetuosamente delante de la joven, dijo:

—Por vuestra parte perdonadme. Haré lo que la patria me ordena y lo que me pedís. Si Dios lo permite, estaréis contenta de mí.

Se alejó de ella y salió. Entonces Alejandra empezó á llorar y se echó en un sofá. La hora de la acción había pasado para ella; no le quedaba más que el luto, la angustia, el llanto, la duda; ahora podía ser débil.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Fresa de las cuatro estaciones.—De la especie *fragaria alpina pers* se origina la variedad de fresa vulgarmente llamada de los Alpes, de las cuatro estaciones ó perpetuo, planta vivaz que da varias cosechas al año, aun en época en que no la producen otras variedades, y cultivado con esmero da fruto en Septiembre. La planta adquiere gran desarrollo, es muy vigorosa, arroja numerosos renuevos que fructifican en el mismo año, presenta tallos rectos y erguidos y hoja de color verde oscuro, y da un fruto cónico algo mayor que la fresa ordinaria, de color carmesí intenso, brillante, con reflejos como barnizados; reuniendo las condiciones de ser planta rústica, de fácil cultivo, precoz, muy productiva y de fruto muy delicado y sabroso. En la provincia de Vizcaya se cultiva esta variedad, y da fruto en Julio y Agosto.

Se reproduce por renuevos y también por semilla, contando 1.500 de éstas un gramo. Para asegurar la cosecha tardía en la última estación, conviene dar reposo á la planta, evitándose su floración en la primavera, suprimiendo al efecto los frutos é hijuelos y continuando los riegos.

El precio de estos fresaes en el establecimiento de Vilmorin, son: 100 pies, 50 francos; 50 pies, 26; 25 pies, 14; 10 pies, 6. Los ejemplares grandes criados en tiestos se venden á 8 francos las diez plantas.

Agua fenicada dentífrica.

Acido fénico.....	1 gramo.
Esencia de menta.....	1 —
Agua.....	1000 —

Mézclase y agítase. Sirve para enjuagarse la boca, con lo cual se quita el mal olor del aliento y detiene la putridéz de los dientes.

Bálsamo samaritano.

Aceite común	De cada cosa.....	500 gramos.
Vino tinto...		
Sumidades de romero.....		50 —

Expóngase la mezcla de estas tres sustancias á un fuego lento hasta que se disipe la humedad; cuélese con expresión, y fíltrese.

Acción terapéutica.—Excitante y cicatrizante.

La ortiga.—Es una planta odiada por el vulgo, y sin embargo posee excelentes cualidades que debían explotarse en España según se hace en otros países.

De la ortiga, tratada como el cáñamo, resultan unos filamentos, que para materia textil nada dejan que desear.

Cuando se secan deben mezclarse con el pienso de las gallinas, picando los tallos de la planta, y así dichas aves engordan más y ponen más huevos. De igual modo conviene mezclar las ortigas secas con el pienso de las vacas, pues de este modo se desarrollan mejor y producen más leche dichos animales. En Suecia, Alemania y Francia se utiliza la ortiga para las referidas aplicaciones, siendo objeto de un esmerado cultivo, sobre todo en la nación primera de las citadas.

Entre nosotros, la ortiga se desprecia por los efectos que producen los pelitos que rodean los tallos, los cuales hieren la piel con el jugo acre y venenoso que producen á su simple contacto. Pero semejante efecto desaparece en el estío, cuando la planta principia á secarse.

La ventaja más notable de esta utilísima planta

consiste en que su cultivo no exige grandes cuidados, vegetando en los terrenos de peor calidad y en los peores climas de Europa.

Tejido de pluma.—Un nuevo porvenir se presenta para las plumas finas de las gallinas y toda clase de aves, que generalmente se empleaba sólo para edredones.

Parece ser que en Francia se está ejecutando un tejido de pluma y seda que resulta muy delicado, elegante é higiénico, y según noticias, se redoblan los esfuerzos para sustituir la trama de seda con el hilo y otras materias textiles para abaratar este nuevo artículo llamado á una gran aceptación.

Las plumas que mejor sirven al objeto son las del pecho de las aves; pero es de suponer que, progresando esta industria, puedan utilizarse algunas de las otras quitándoles el nervio central.

Distribución del frío.—Una compañía americana se propone instalar en New York un servicio para uso de cervecerías, cafés, hoteles, hospitales, mataderos y otros establecimientos en que convenga una baja temperatura para la conservación de alimentos ó sustancias, usos terapéuticos ó cualquier otra industria; para lo cual se facilitará á ellos amoniaco concentrado, cuya expansión en aparatos convenientes originará el frío necesario para dichos objetos, estando contruidos los aparatos con todas las garantías de seguridad para que su uso no ofrezca peligro alguno.

Modo de quitar las manchas de los libros y de los grabados.—Para quitar de los libros las manchas de grasa que suelen ensuciar sus páginas, se emplea el siguiente procedimiento: se empieza por calentar, sea por medio de una plancha, sea con una cuchara que contenga algunos carbones, la parte de la hoja que esté manchada, y se aplica un papel de estraza sobre las manchas, tantas veces cuantas sea necesario para que el papel se impregne bien de grasa. Después se pasa ligeramente sobre las dos caras de la hoja, en las partes manchadas y estando aún caliente, un pincel mojado en esencia de trementina muy clarificada, y caliente casi hasta su ebullición. Por fin, para devolver al papel su blancura, se aplica en los sitios donde ha tenido la grasa, un cepillo suave empapado en espíritu de vino. La escritura no sufre alteración alguna por la aplicación de este procedimiento.

Para quitar las manchas de tinta es preciso dejar humedecer la hoja manchada en una disolución concentrada de sal de acedera, hasta tanto que la mancha haya tomado el color de herrumbre. En seguida se humedece con ácido clorhídrico diluido en 5 ó 6 veces su volumen de agua, siendo preciso que esta segunda inmersión no sea muy prolongada, pues de otro modo pudiera deshacerse el papel: la operación se termina lavando la hoja en agua pura y dejándola secar á la sombra.

Las demás manchas pueden quitarse de la manera siguiente: después de procurarse tierra blanca en polvo, se pone sobre los dos lados de la mancha una capa de dicha tierra del espesor de una de hoja de cuchillo; se coloca por cima una hoja de papel y después se prensa. Al cabo de veinticuatro horas se quita la tierra blanca para poner otra capa nueva en igual cantidad, y de nuevo se somete á la prensa. Con dos veces que se repita la operación suele bastar para quitar la mancha.

MISCELÁNEA

El domingo 24 de Mayo se inauguró en Carmona un museo formado con objetos extraídos de las excavaciones de una necrópolis romana descubierta en aquel término, de cuya importancia puede tenerse idea, merced á los datos de la prensa sevillana.

La necrópolis comprende una superficie de más de cinco hectáreas y está situada junto al camino de Sevilla, á corta distancia del arrabal. Ya en 1869 se descubrieron un sepulcro romano y varios objetos cerámicos, y los Sres. D. Juan Fernández y don Jorge Edward Bonsor, comprendiendo que donde había un sepulcro existirían sin duda otros más, adquirieron el terreno y desde entonces vienen trabajando en el descubrimiento de esos tesoros para la historia y el arte, y con tal provecho, que hoy pasan de 200 los sepulcros descubiertos, alguno de ellos tan notable, que consta de puerta, patio, *ustrinum*, sala funeraria, hornacinas, ara, etc.

Sorprende un mausoleo circular, cuya entrada cierran gruesos sillares y cuya cámara ofrece un

revoque que parece hecho ayer. También son notables otras tumbas con cámaras funerarias, escaleras, hornacinas y restos de pintura.

Merceden justo elogio los trabajos de excavación de esta necrópolis, ejecutados con rara inteligencia, la manera de estar presentado lo descubierto á la contemplación del público y el sistema de contención de las tierras que se han movido.

El museo se halla en lo alto de la casa que ocupa el colegio de San Teodomiro. Contiene grandes ánforas, pateras, lacrimatorios de barro y de vidrio, urnas cinerarias, algunas con inscripciones, huesos, restos de adornos y epígrafes, trozos de estatuas y otros mil objetos. Hay también cuadros y fotografías de sepulcros, un plano de las excavaciones, una losa sepulcral, muchos objetos de hierro y de bronce, tejas romanas, bustos, una piedra de sacrificios, notable por su labor, una colección de monedas, preciosos mosaicos, etc., calculándose que el número de objetos no baja de 2.000.

La sesión inaugural fué brillante. El Sr. Rada y Delgado, docto representante de las Academias de la Historia y de San Fernando, habló de los sepulcros descubiertos, que, á su juicio, pertenecían á la época comprendida entre los siglos II y IV, y de la importancia de su hallazgo y particularidades que ofrecían á la vista del arqueólogo, entre las que figura la probabilidad de que las tumbas sirvieran para paganos y para cristianos. Su número prueba asimismo la importancia de la antigua Carmona.

Es de elogiar la constancia de los señores Fernández y Edward, cuyos esfuerzos han contribuido tanto á la vulgarización de estudios que por desgracia, cuentan con pocos aficionados.

Podemos añadir como complemento de estas curiosas noticias, que el insigne arqueólogo Sr. Rada y Delgado, uno de los académicos de España más doctos y laboriosos, á quien tanto deben las ciencias históricas, ha recibido el encargo de escribir un libro acerca de estos descubrimientos, el cual se publicará ricamente ilustrado con grabados para realzar el mérito de los descubrimientos.

La obra del Sr. Rada y Delgado será un nuevo monumento de la arqueología española.

Para que vean nuestros lectores lo que cuesta una Exposición universal, vamos á extraer las cuentas de la celebrada en París en 1878. Resulta que los gastos totales presupuestados en 35.313.000 francos, ascendieron á 55.343.474 francos; los ingresos, calculados en 25.235.008 francos, sólo llegaron á 23.685.197 francos; resultando, en su consecuencia, un déficit de 31.678.277, en vez de 10.078.000 francos que se había supuesto.

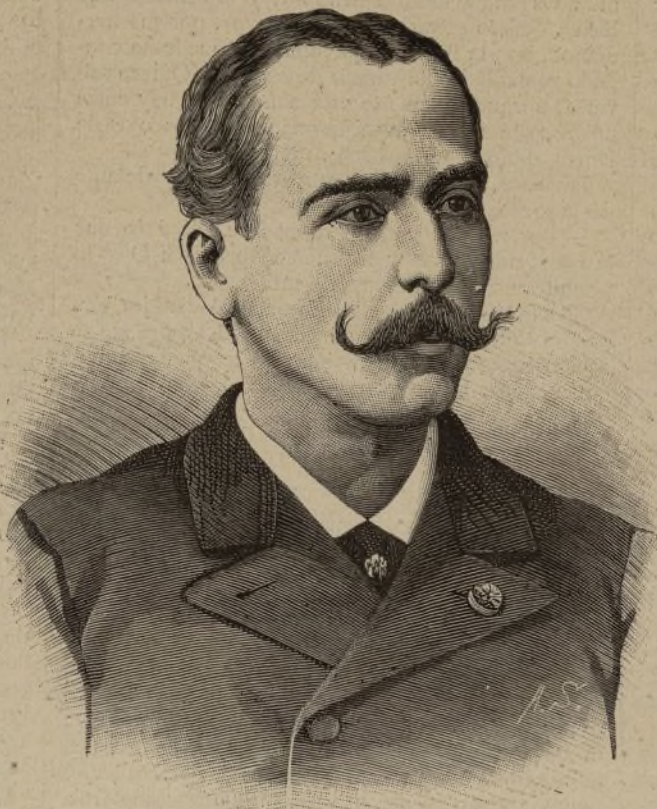
Como se ve por estos datos, no es para todos los días ni para todas las naciones el celebrar Exposiciones universales.

La comisión oficial facultativa encargada por el Gobierno del examen y estudio de la enfermedad epidémica del antiguo reino de Valencia y de las inoculaciones del Dr. Ferrán, parece que ha terminado ya sus trabajos. La Memoria que al efecto presenta va firmada por los Sres. Alonso Rubio y Maestro de San Juan, pues el Dr. San Martín parece que presentará voto particular. Las conclusiones de dicha Memoria, favorables á la vacunación Ferrán, son las siguientes:

- 1.^a Que la enfermedad reinante en Valencia es el cólera morbo asiático diseminado.
- 2.^a Que existe el vírgula (sin esporos) en los caldos atenuados del Dr. Ferrán.
- 3.^a Que hay inocuidad en la vacunación. Que se deben permitir las inoculaciones, pero interviniéndolas el Estado, llevando sus estadísticas, mientras no se decida si es ó no verdaderamente profiláctico el sistema.

4.^a Que el Dr. Ferrán es un discípulo aprovechadísimo ó un continuador entusiasta de la escuela de Pasteur, y que, en tal concepto, es digno de la protección oficial para proseguir sus experiencias.

El voto particular del Sr. San Martín recomienda también la inoculación, y protesta de las trabas que se han puesto á la comisión en sus trabajos, consignando su criterio opuesto á toda intervención del Estado en las investigaciones médicas. Combate los acordonamientos y las cuarentenas, por ineficaces en la práctica, é insiste en la necesidad de que el doctor Ferrán continúe sus inoculaciones.



DON JOSÉ ALCÁZAR,
Actual gobernador de Murcia.

Informe y voto irán al Consejo de Sanidad y á la Academia de Medicina, donde serán discutidos cumplidamente.

Para que nuestros lectores vean el anverso y el reverso de la medalla, vamos á transcribir aquí lo que dice un periódico acerca de la misma palpitante cuestión:

«Nosotros fuimos de los primeros en empujar y esforzar al Dr. Ferrán, cuando el camino por donde peregrinaba parecía camino de abrojos y obstáculos: en la adversidad, en la lucha, fuimos de los suyos.

» En la hora presente del triunfo, triunfo al que todos contribuimos, creemos que es deber nuestro serenar su embriaguez reprobándole:

» 1.^o Que cobre y haga pagar las inoculaciones.

» 2.^o Que no haya dado á la estampa alguna Memoria científica sobre sus trabajos y experimentos.

» 3.^o Que ponga el mayor misterio en la naturaleza de los cultivos con que atenúa la acción del bacillus.

» Nosotros queremos un Ferrán grande, no un Ferrán industrial; una gloria científica, no un saludador.»

Peregrinaciones.

Han comenzado, con gran éxito, las que este verano han de verificarse al sepulcro del Apóstol Santiago. La primera, compuesta de 3.000 personas, iba presidida por 50 sacerdotes.

Se le ha hecho en Santiago un recibimiento entusiasta y se han verificado en la venerable basílica solemnísimos cultos con este motivo. Los periódicos de aquella ciudad anuncian otras muchas peregrinaciones.

También se ha verificado la que anunciamos al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en Fuenterrabía.

A pesar del mal tiempo y de las amenazas y burlas de los masones de San Sebastián, han asistido á ella más de 6.000 personas, y entre ellas 2.000 Hijas de María de las Congregaciones de Guipúzcoa y más de 200 de San Sebastián.

Desde Fuenterrabía, donde se celebró la comunión general, salía la peregrinación á las ocho de la mañana, encaminándose con estandartes desplegados, elevando cánticos al cielo y en medio de los disparos de la artillería, para trepar por la sin rival y pintoresca falda del Jozquibel, en uno de cuyos contrafuertes se halla la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe.

La imagen de la Inmaculada Concepción fué llevada procesionalmente hasta la ermita de *Saindua*, donde quedó depositada, y luego la peregrinación rompió filas y subió por la penosa aunque deliciosa cuesta de Guadalupe.

En el alto ya, y desde donde el panorama es tan bello, que difícilmente puede descubrirse, formá-

ronse las Hijas de María, así como más de 3.000 personas que las habían acompañado. El tiempo púsose de pronto claro y sereno.

Celebróse una Misa de campaña á las diez, colocándose el altar en el gran balcón de la torre de Nuestra Señora de Guadalupe. El sermón, en euskaro, duró más de una hora, versando el tema sobre la religiosidad del pueblo vasco, la devoción á la Virgen y la revolución y guerra á la impiedad y masonería, guerra que hay que alentar cada vez más y más, sirviendo para ello de muy grandes y poderosos auxiliares la mujer católica en general y las congregaciones religiosas en particular.

Terminada la Misa, tuvo lugar la ceremonia de las ofrendas á la Santísima Virgen de Guadalupe, regalando las Hijas de María espléndidos presentes, consistentes en una lujosa y gran alfombra, candelabros, floreros y objetos de ornamentación religiosa.

Acto seguido, la peregrinación y los fieles se desparramaron por aquellos incomparables bosques y peñascales, departiendo amigablemente las vituallas que se habían subido.

A las tres bajó de nuevo la comitiva del monte, volvió á formarse en la ermita de *Saindua*, donde se tomó en andas la Inmaculada Concepción, y en medio de los vivos de innumerable multitud de fieles, venidos de Irún, Oyarzun y de todos los pueblos franceses del Bidasoa; al són de las campanas, de los estampidos de los cohetes y artillería y de los acordes de la música, penetró la peregrinación en la histórica y célebre ciudad de Fuenterrabía, dirigiéndose á la parroquia, donde se cantó una solemne Salve.

La festividad, ha superado á todo lo que podía haberse esperado.

Estatuas de marinos ilustres.

Acaba de inaugurarse la de Churruca en la villa de Motrico, su patria.

Este monumento se ha concluido al cabo de veinte años de haber sido comenzado. En Septiembre del año 1865 puso Isabel II la primera piedra.

A causa de la revolución y la guerra quedó luego todo estancado; pero secundada poderosamente dicha idea por el historiador de Guipúzcoa, D. Nicolás de Soralue, se logró al fin, después de muchos trabajos, que la provincia pagara los gastos que no fueron cubiertos por la suscripción nacional ni por el donativo de Doña Isabel II.

También se halla próxima á su terminación la estatua de Méndez Núñez, que se construye en el Ferrol.

Ojalá que todos los pueblos de España ostentasen en sus mejores plazas las estatuas de sus hijos ilustres.

El clero y las Órdenes religiosas están dando admirables ejemplos en estos instantes de su abnegación y de sus espíritus de sacrificio. En Murcia como en los pueblos de Valencia, en Castellón como en Alicante, los Sacerdotes acuden á administrar á los enfermos los auxilios de la Religión, mientras las Hermanas de San Vicente de Paul y de otros institutos les prodigan los mayores cuidados, á fin de devolverlos la salud del cuerpo.

Los corresponsales de la prensa, aun de la poca efecta á la Iglesia; cuantas personas escriben de Segorbe, Murcia y Valencia hacen los mayores elogios de los Prelados de aquellas diócesis, de los Sacerdotes que bajo su dirección auxilian á los enfermos, de esos ángeles de la Caridad, que les cuidan en sus terribles dolencias.

Algunos Sacerdotes han muerto cumpliendo con su deber, y algunas Hermanas de la Caridad han merecido del Señor el único ascenso á que pueden aspirar: el de gozar en el cielo del premio de sus virtudes.

Sólo la Religión verdadera tiene bálsamos eficaces para calmar y curar los males y dolores de los hombres. ¡Oh Religión divina! ¿Qué sería sin tus auxilios de la miserable condición de los hombres, presa de la voracidad del pecado?